



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

DESTINO: LA FOSA

PETER DEBRY

DESTINO: LA FOSA

1.ª EDICIÓN
ENERO - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A
BARCELONA - BUENOS AIRES

CLASIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1958

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

501. — La cuadrilla de Jesse James. 512. —
Un gatillo en alquiler. 517. — La ruta de los
pistoleros.

En Colección S. SECRETO:

377. — Sinistro secreto. 380. — Morir por eta-
pas. 387. — Las damas matan riendo.

En Colección BUFALO:

193 — Monty Baxter dispara. 202. — A punta
de revólver. 218. — Hasta la última bala.

En Colección PANTERA:

50. — Bajo la Cruz del Sur. 52. — Un legiona-
rio investiga. 55. — Robín de las Antillas.

En Colección CONGO:

26. — Soplo de terror.

En Colección CALIFORNIA:

18. — Misión para un rebelde. 21. — Al extre-
mo de la soga. 29. — Una bala en cada es-
quina.

En Colección S. TEXAS:

45. — Los muertos no matan.

En Colección COLORADO:

3. — Cuando Texas era salvaje. 9. — Morir en-
sillado.

DESTINO: LA FOSA

por Peter Debray



CAPÍTULO PRIMERO

La temporada turística estaba oficialmente terminada pero los «waterbus»¹, seguían transportando por los canales venecianos, masas de curiosos hablando diversos idiomas.

Uno de ellos al detenerse ante la plaza de San Marcos, volcó su carga de turistas, que saltaron a los muelles como un rebaño ávido de pasto. Las mesas de las terrazas estaban superpobladas y las orquestas de cada café rivalizaban en emitir arpegios que iban desde el untuoso lamento hasta el estampido sincopado.

Entre los turistas avanzó también Waldo Dixon. Y era una de esas tardes en que odiaba a Venecia. Por su ruido, principalmente.

A media plaza, titubeó pensando si llamaba o no a Giana. Siguió caminando, sorteando camareros irritados haciendo equilibrios con bandejas. Progresaba su nerviosismo, porque no sabía si Riker le enviaría aquella misma noche a otro de sus viajes, o le diría que debía estarse quieto otro par de semanas.

El pequeño canal tras la plaza emanada olor a grasa y bochorno. Lo atravesó en varios sentidos y por diversos puentes para cerciorarse de que nadie le seguía.

Pasando al callejón, abrió la puerta posterior del palacete de Riker empleando la llave más pequeña de su anillero. Apenas entró, le acogió la grata frescura, proporcionada por filtros y aire acondicionado. De nuevo, como en anteriores ocasiones, se preguntó de dónde sacaría Riker el dinero.

Pero a él no le había pedido referencias cuando le ofreció trabajo. Subió los estrechos peldaños y fue a presionar el botón bajo el oculto micrófono. Zumbó la conexión y una voz sonó cortés y

riente:

—Buenas tardes. ¿Quién?

—Waldo Dixon. A solas, como siempre.

—Adelante.

Se alzó el pestillo interior, y la puerta, abriéndose, reveló a Brand Riker, esperando tras su mesa despacho, señalando una silla vacía. Un traje gris plata de buen sastre, peinado el espeso cabello con brillantina aromatizada, y bronceado el rostro, Brand Riker tenía aspecto de banquero.

Al sentarse, Dixon, ambos se miraron. Siempre tardaba Riker un minuto antes de hablar. Quería impresionar. Sus ojos eran grises, anchos y calmosos. Su sonrisa era levemente cínica.

Dixon miró los estantes de libros, los vidrios venecianos, y el tapiz que representaba a un jinete «condotiero». Tras aquel tapiz estaba la puerta que daba acceso al resto del palacete.

Pero el aventurero Waldo Dixon nunca había pasado bajo aquel dintel.

—Viste usted un traje muy bien cortado, Dixon.

—Gracias. Transmitiré su valioso juicio al sastre.

—¿Se ha divertido últimamente?

—Al menos lo he intentado.

—Celebro saberlo. Le sobra tiempo para divertirse, ya que no le abrumo de trabajo.

—Tampoco me abruma de paga.

—Vamos, vamos —y rio Riker—. Doscientos dólares semanales es una paga excelente. ¿No consume demasiado tiempo con la joven Giana?

La pregunta cogió de sorpresa a Dixon, que escrutó a Riker, pensando si ya había averiguado lo que estaba planeando para aquella misma noche. Los nervios le formaron a Dixon un nudo en el estómago, pero encogió con indiferencia los hombros:

—Bah, no resulta cara. Ni tampoco es asunto que le importe a usted.

—Una respuesta muy varonil, pero errónea. Las relaciones de mis empleados, son para mí de la mayor importancia. Me he enterado de que su joven dama, Giana Montalvi, es una rubia interesantemente bonita. ¿Tiene algo que añadir?

—Que es aún más bonita de lo que le han dicho. Es indescriptible.

—Le felicito. Escuche, Dixon, usted es un mujeriego fanático. Esencial y básicamente mujeriego. Preste atención a mi aviso. En su trabajo actual, las mujeres son peligrosas.

—Suelen serlo siempre desde que se asomó Adán a la Tierra, y ahora acláreme la duda, ¿en qué consiste mi trabajo actual?

Brand Riker se insertó la lengua bajo el labio superior, en actitud meditativa. Abrió un cajón de su mesa, sacó una caja de bombones turcos, seleccionando cuidadosamente uno que masticó golosamente. Limpiándose los dedos en un fino pañuelo, dijo:

—¿Cuántos viajes lleva ya realizados a Yugoslavia?

—Diecisiete.

—¿Con qué motivo?

—Representando la casa Leewe, de Suministros Agrícolas. Mi Compañía tiene constantes negocios con Yugoslavia, y allí me aprecian ya que contribuyo a la prosperidad de la nación.

—Excelente. Y ahora, dígame, ¿cuál es el verdadero motivo de sus viajes?

—Nunca me lo dijo usted.

—Pero usted algo adivinaría.

—No hace falta ser un talento. Desde aquí a Trieste, la mitad de los cafés, están llenos de exilados yugos, conspirando contra su actual gobierno. Y Tito está escamado. Todos sus sabuesos olfatean.

—Interesante. Pero usted lleva siempre unos zapatos especiales, Dixon, al atravesar la frontera. ¿Por qué supone que se trata de algo político y no de contrabando vulgar?

—En cierto modo, es contrabando. Hay algo escondido en los tacones de mis zapatos, pero no para vender. Ya que en Yugoslavia no hay dinero para comprar extras, y aunque se encontrasen clientes, su moneda tiene mala cotización fuera. Vender allí es perder el mil por cien.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué lleva usted en sus zapatos?

—Diamantes. Los examiné una vez.

—¿Solo una vez? —y colocó la mano bajo la mesa. Pulsó un botón que en otras entrevistas ya había pulsado.

—¿Magnetófono? —indagó Dixon.

—¿Le importa?

—No, si solo nos enteramos usted y yo.

—Es muy improbable que yo le cuente nada a nadie. Pero con frecuencia me gusta estudiar lo que un hombre me dice, después de haberlo dicho y haberse ido. Cuénteme cuándo examinó sus zapatos.

—En el octavo viaje. Encontré el hoyo de los tacones.

—Ya lo sabía, mi querido Dixon. El señor Paulovic, en aquella ocasión, me envió un mensaje comunicándome que el sello estaba roto. ¿Sabía usted que había un sello especial?

—Ahora me entero. Pero el sello no me habría impedido echar un vistazo, porque me constaba que yo no estaba vendiendo suministros agrícolas ni mucho menos.

Seleccionó Riker otra golosina turca. Parecía divertido:

—Voy a hablarle claro, Dixon. Nuestra presente tarea es una batalla por la libertad. Como hombre inteligente estará usted interesado.

—Yo solo soy un animal meramente humano, no político.

—Mejor, pues así no padece confusión mental. Dedujo bien al pensar que no gano dinero en Yugoslavia, sino todo lo contrario. Los diamantes es el dinero que envió allá. Porque hay gente que quiere escapar, y los diamantes son la mejor moneda negociable. Ellos me pagan con dinero yugo con el que allá compro a hombres. Sí, a hombres en posiciones clave, hombres que con dinero y promesas.

Seguía discursando, pero Dixon escuchaba a medias. Conocía a los que querían escapar, puesto que precisamente tenía que hacer un viaje por su cuenta, para ayudar a un fugitivo. El hermano de Giana.

Aquella misma noche intentaba, a la vez que contrabandear los diamantes, sacar a Yvor Montalvi. Los preliminares estaban acordados. Se lo había prometido a Giana.

—Le estaba hablando de libertad y conspiradores, Dixon, pero no me está escuchando.

—Francamente, no.

—¿Es que no miente nunca?

—Solo como representante de la casa «Leewe, Equipos Granjeros». ¿Cuál es el programa para esta noche?

Brand Riker suspiró antes de deglutir otro bombón. Y dijo:

—Esta noche, nada. He tomado una decisión importante, Dixon. Usted sabe ya demasiadas cosas. Ya no le puedo emplear por más tiempo.

Waldo Dixon aplastó la colilla en el cenicero. Se sentía vacío, y los nervios le hicieron bostezar. Hubo una pausa de silencio. Riker dijo:

—Acaba usted de perder un buen sueldo y un excelente trabajo. Solo se le ocurre bostezar. ¿No está contrariado?

—Lo estoy. Pero existen otros trabajos.

—¿No me guarda rencor?

—¿Por qué? Usted me engañó sobre la realidad de mi trabajo, pero el dinero con que me ha pagado no es falso.

—En vista de su deportividad, le anuncio que tengo dispuesto

otro trabajo para usted. ¿Está preparado para un último viaje a Yugoslavia? ¿Esta misma noche?

Asintió Dixon, bostezando. «Malditos nervios», pensó.

—Escúcheme con suma atención. Esta vez es un viaje distinto y mucho más peligroso. Cuando regrese le espera una recompensa de diez mil dólares. Un regalo de despedida. Porque después tendrá que irse.

—Me conviene. Ya me harta Venecia.

—Los zapatos, esta vez, se los llevarán a su departamento. No irá a buscarlos. Es una partida valiosa. Mucho más valiosa que la de todos sus viajes anteriores en total. Debe ir con mucho cuidado. Gardoni empleará mi llave de su departamento y dentro de una hora, le llevará los zapatos. Dele oportunidad de que pueda irse antes que llegue usted. La caja de zapatos estará bajo su cama.

—¿No tengo que visitar a Felini y a Hamiz?

—Les visitará —y sacó de su bolsillo un sobrecito cerrado, añadiendo—: Guárdelo. Abandone esta misma noche Venecia, calzando los zapatos que dejará Gardoni bajo su cama. Conduzca directamente a Ribaldi. No pierda tiempo llamando a su adorada rubia. Aparque su coche a la habitual distancia y camine hacia la casa de Felini. Él no le espera. Pero no importa. Le enseña usted este sobre, pidiéndole el Sobre Seis. ¡Recuérdelo! El Sobre Seis. Será idéntico a este.

Brand Riker parecía de pronto muy excitado. Encendió un cigarrillo, antes de proseguir:

—Y ahora llega la variante. Consiga que Felini le acompañe hasta su coche, bajo cualquier pretexto. Cuando esté usted tras el volante, y a punto de arrancar, en el último segundo... fíjese bien, el último segundo... ordene a Felini que me telefonee. ¿Entendido todo?

—No es difícil. ¿Y a qué viene todo esto?

—¡Ah, no, mi querido Dixon! Le pago diez mil, precisamente para no contestarle a ninguna pregunta. Incrústese bien en el seso, que apenas salga usted de aquí, todo lo que suceda entre ahora y mañana por la mañana, cae bajo su entera responsabilidad. Afrontará todas las eventualidades, a solas. No ha de mencionarme para nada, salvo a Felini y Hamiz. ¿Lo entiende bien?

—Sí, y apesta.

—No lo dudo, pero también hay curtidores que trabajan durante años seguidos entre malos olores, sin poder ahorrar diez mil dólares, que usted va a ganarse en una sola noche. No se lamente de los malos olores, a menos que desee abandonar el viaje.

—Adelante.

—Desde Ribaldi irá usted a Trieste. Asegúrese de que no le siguen. Una vez en Trieste, vaya a la tienda de Hamiz. Tampoco le esperará él. Le enseña el sobre que le he dado. ¡Fíjese bien! El primer sobre. Pídale también el Sobre Seis. Recibirá un tercer sobre. ¿Me sigue?

—Es sencillo. Lo último que he de decirle a Hamiz es que le telefonee.

—Muy perspicaz, mi querido Dixon. Le felicito. El resto es sencillo. Abandona Italia del modo habitual, entra en Yugoslavia y va a casa del malhumorado señor Paulovic. Allí se cambia los zapatos, dejando los diamantes y los tres sobres. Y vuelva tan pronto pueda.

—¿Paulovic ha de telefonearle?

—No. Pero le dará a usted un pedido verbal para la casa Leewe, pedido que usted me traerá.

—Y usted remitirá el género la próxima vez. ¿Dónde?

—Al bulevar Zircov pero por entonces estará ya lejos usted, seguramente con su rubia Venus. ¿Puede esta noche esconderse encima un revólver?

—Luigi ha estado llevando revólver desde que me enteré que yo transportaba diamantes.

—¿Sabe Luigi, entonces, lo de los diamantes?

—No. El lleva el revólver solo para protegerme.

—Es muy leal, pero esta noche no le acompaña.

—Entonces, no hay trato.

El silencio cayó como una losa. Riker se relamió. Dijo, por fin:

—Comprendo su afecto por este feo y estúpido de Luigi, pero usted ha de ir solo.

—Ni hablar. Y no es cuestión de afecto, sino de sentido práctico. El que me allana la salida de Italia es Luigi. Si él no estuviera conmigo, los «carabinieri» me desnudarían a fondo. No viajo sin Luigi ni por diez mil leandras. Si tiene dudas sobre Luigi, puedo traerlo aquí.

—Le he repetido mil veces que no quiero a nadie aquí. A nadie. Bien, llévese a Luigi.

—¿Algo más?

—Nada. Dos sobres a recoger, y tres a entregar con los diamantes. El coche está en el garaje de Viale Piazzetta. Gardoni llevará los zapatos al anochecer. Ya puede irse —y se levantó—. Solo una advertencia final. Reprima su afán mujeriego. No puede llamar ni visitar a su rubia Giana. Esta noche, no.

Se dirigió Riker hacia el tapiz del «condottiero», apartándolo, siguiendo su costumbre de irse antes que Dixon saliera. Pero esta vez hubo también una variante. Ya con la mano en el pomo de la puerta, se volvió y con voz sin matices, dijo:

—Por casualidad, Dixon, ¿vio últimamente a mi novia?

—¿Qué quiere decir?

—La pregunta es neta y clara. ¿Ha visto a Marion Leonard?

—Sí, hará cosa de una semana. Sin hablarle, porque pasaba ella en su góndola personal. He visto que tiene usted un nuevo gondolero —añadió Dixon, para cambiar rápidamente de tema.

—El otro fue despedido, porque era demasiado confianzudo. Este es más viejo y es feo.

—No me fijé. Dele recuerdos a su novia, Riker.

—Sin falta. Descuide.

Ambos se miraban fijamente. Riker, con ancha sonrisa plasmada en el rostro, pero crueles y amenazadores los ojos, al añadir:

—Buena suerte en su último viaje, Dixon. Y recuerde que es esencial que se aparte de toda mujer. De todas.

Cayó el tapiz y la puerta se cerró. Waldo Dixon notaba que el vello de su nuca estaba erizado. Ya no le cabía duda. Riker estaba enterado de lo que había ocurrido entre él y Marion.

Bajando las escaleras, pensó Dixon que era absurdo que Riker, planeando librarse de él, arriesgase diamantes. Le bastaba con despedirle, o suprimirle en Venecia.

Era lo bastante rico para hacerle suprimir en Venecia, sin exponerse a perder dos zapatos con los tacones repletos de diamantes.

Pero saliendo al callejón, Waldo Dixon seguía dudando. Su íntimo consejero le chillaba mentalmente que abandonase aquel «último» viaje.

Atravesando la plaza, dispuesto a entrar en la primera cabina telefónica, al mirar por encima del hombro para ver si le seguían, respingó. Porque en la mesita de una terraza, estaba Marion Leonard.

Acompañada de un italiano de pelo rizado, recién cumplidos apenas los veinte añitos. Y que inclinado hacia ella, susurraba ternezas.

La orquesta tocaba «Parlez-moi d'amour» cuando Dixon entró en el café más alejado, pasando a la cabina telefónica.

Apenas captó la voz de Giana, se sintió adolescente, feliz y libre de preocupaciones, pese a la noche que le aguardaba.

—Te he esperado todo el día, Waldo. ¿Saldrá todo bien? ¡Dios

mío, estoy nerviosísima! ¡Ojalá ya hubiera llegado mañana!

—Escucha Giana. Hay complicaciones. No será un viaje como los otros. Tendremos que posponer lo nuestro hasta mañana por la noche.

La pausa fue larga. Y por fin, susurró ella con voz trémula:

—Pero, ¿por qué, Waldo?

—No puedo explicártelo por teléfono.

—¡Pero tú me prometiste que esta, misma noche volverías con Yvor! Ten presente que es un prisionero fugitivo Hace ya nueve días que toda la policía le busca. Si no lo traes esta misma noche...

—¡Calla, Giana! Te pueden oír.

—No me importa —y su voz lindaba ya con la histeria—. Todo el día he estado esperándote, pensando en Yvor. Es mi única familia. Tienes que traerlo. Lo has prometido. El espera esta noche. Si le cogen, le matarán.

—Domínate o cuelgo. Precisamente porque él solo tiene una posibilidad de escapar con vida, es por lo que tengo que aquilatar todos los riesgos. Has de ser razonable.

—¡No puedo, Waldo! Tienes que ir. Ven a verme. Yo envié ya aviso a Yvor por el mensajero. Yvor estará esperando a las tres de la madrugada, en la ribera del Grazba, junto al monumento de...

—¡Cállate! Voy a cortar la comunicación.

—¡Oh, no, Waldo! Espera... Sabes que te quiero de todo corazón y lamento que discutamos.

Iba Dixon a decir que también lo lamentaba, cuando una mano enguantada, pasando por encima de su hombro, cortó la comunicación.

Se volvió.

Allí estaba Marion sonriente, escultural. Parecía joven, inocente y plena de ilusión vital.

Lo cuál era imposible. Porque Marion Leonard no tenía juventud, inocencia ni ilusiones desde que cumplió los quince años.

CAPÍTULO II

Marion Leonard dijo, con voz acariciante:

—Lo hice por tu bien, querido. Nunca amenaces a una mujer con algo que no cumplas inmediatamente —y sus dedos enguantados le rozaron la mejilla—. A mí, en cambio, me cortabas siempre a medio hablar.

—Y sigo. Lárgate, que estoy atareado.

Los blandos ojos color avellana, le miraron gravemente:

—Ni siquiera un hombrón guapo como tú, puede permitirse el lujo de no contestarme. Te he llamado dos veces por día en las últimas tres semanas. ¿Por qué no me contestaste? ¿Es que hemos acabado?

—Que yo sepa, nunca hemos empezado.

—Por lo menos, invítame a beber algo, Waldo.

Asintió él, pensando que era el único medio de librarse de ella. La siguió hasta una mesa desocupada. Viéndola caminar, se adivinaba que había sido la gran atracción de un cabaret parisino. Pidió dos Martini.

Marion Leonard era muy bonita. Pero no le gustaba a Dixon. Lo que entre ellos hubo, fue casual, sin mañana. Elevó Dixon su copa:

—Salud, futura señora Rikerski.

—Todavía no lo soy. Brand solo me quiere para añadirme a su colección de objetos bonitos. ¿Quién es ella?

—Esta noche me largo de Venecia, para siempre.

—¿Quién es ella, Waldo?

—He oído comentar que perdiste al último gondolero, por demasiado confianzudo. El pobre...

Elevó ella las comisuras labiales. Pensó Dixon que de no existir una ley prohibiéndole, Marion disfrutaría mucho matándole allí mismo. Pero dominó en ella su ex práctica de cabaret, y sonriendo, comentó:

—Me daba lecciones de idioma.

—Bueno, pues ahí va la mía: «addio, que mi largo io» —dijo él, levantándose.

Ella le cogió por la muñeca, forzándole a sentarse de nuevo:

—Eres un bestia, pero no quiero que te vayas así. ¿Es que no te importa que yo te quiera, Waldo?

—Escucha, Marion, lo poco que hubo entre nosotros, fue entre

copas, y ya se acabó. Si hubiese durado dos semanas en vez de dos días, tú serías la que ahora lo acabase, como haces con los demás.

Denegó Marion, con lágrimas en los ojos. Parecía una virgen triste.

—No he tenido suerte con los hombres a los que he amado. Y ya ves, me voy a casar con Brand.

—Nadie te obliga.

—¿Qué quieres? ¿Qué vuelva al cabaret? No tengo un centavo — y seguía siendo angelical, al añadir—: Esta tarde has visto a Brand.

—Sí, y se ha enterado que tú y yo flirteamos un poco. ¿Cómo lo supo?

—Se lo dije yo misma. Lo hice porque como él y yo estamos prometidos oficialmente, si rompía el compromiso judicialmente le demandaría por unos cuantos miles. Pero no ha dado resultado.

—Angelito —murmuró Dixon casi con ternura—. Tienes un cinismo desarmante. Pero me aludiste a mí, cuando en estas tres últimas semanas has coqueteado descaradamente con el joven Di Piante, con el padre del joven Di Piante, con el seboso de Gardoni... En fin, allá tú, muchacha, pero vigílate, porque Brand Rikerski es de alivio.

—¿Quién es ella, Waldo?

—No hay ninguna «ella». Salgo de viaje para vender suministros agrícolas por cuenta de tu prometido oficial. Bueno, gracias por todo, Marion, y terminemos de una vez. Adiós.

Ella movió apenas los labios. Modulaba una serie de insultos que hubieran hecho enrojecer a un marinero. Repitió Dixon:

—Adiós.

Se alejó lo más aprisa posible, entrando en otro bar. Llamó a la pensión en que se hospedaba Giana. La línea comunicaba. Fue al mostrador y bebiendo un Chianti trató de pensar razonablemente.

El problema principal era Yvor, el hermano de Giana. El muchacho se había fugado nueve días antes de una prisión de Yugoslavia. Y ella, desde entonces, estaba solo obsesionada con que Dixon rescatase a su hermano.

Los guardianes fronterizos conocían ya a Dixon, y él había prometido a Giana que sacaría a Yvor de Yugoslavia. Poco después de su entrevista con Riker, presentía algo raro en el viaje que se avecinaba.

Si Riker ofrecía diez mil, es que había muchas pegas. Y no quería Dixon liar en estas pegas a Yvor Montalvi. Pero necesitaba los diez mil. Para casarse con Giana, llevarla a Texas y terminar su carrera de aventurero.

Si no sacaba aquella noche a Yvor, ya no podría hacerlo. Porque ya no dispondría del coche de representante de la «Casa Leewe». Mirando por la ventana, vio la góndola que se arrimaba.

Saltó a ella Fred Gardoni. Bajo el sobaco llevaba un envoltorio del tamaño de una caja de zapatos. La góndola se alejó. Mirando su reloj, calculó Dixon que le daría a Gardoni quince minutos de ventaja.

Se puso a pensar en Luigi. Un pícaro todo músculos y con cierta astucia zorruna. Lo había conocido en su primera noche veneciana. Se había extraviado en una taberna, y unos hampones le tomaron por un turista borreguil.

Waldo Dixon había ya derribado a dos, pero quedaban tres más atacando, y llevaba las de perder, cuando irrumpió Luigi. Embistiendo como un bisonte, resolvió la situación.

Acompañó a Dixon, le sacó cristalinós de botella del cuero cabelludo, le limpió las heridas y le arropó en la cama. Se hicieron amigos.

Pasó Dixon al teléfono, marcando los números de la Pensión Ninchi, y apenas oyó la señal de comunicación, baló:

—¿Qué tal, amor mío?

—Aquí no hay ningún amor suyo. Habla la señora Ninchi.

—Pues llame entonces a Giana, patrona.

—¡Señor Dixon! ¿Qué le hizo usted a la pobre muchacha? La llama usted y apenas cuelga, estaba ella llorando a lágrima viva, cuando salió corriendo.

—¿A dónde ha ido?

—No se paró a decírmelo. Salió como si la persiguiera un demonio.

Reseca la boca, pensó Dixon que Giana había escapado de Yugoslavia, cuando era fácil hacerlo. Tal vez había tenido la loca idea de que ella podía ir a rescatar a su hermano Yvor.

—¡Escuche, señora Ninchi! Es muy importante que la encuentre. Envíe huéspedes a buscarla. Vaya usted misma. Tráigala a la pensión y no la deje salir para nada. Dígale que volveré a llamarla dentro de media hora.

Rio ella con risa rolliza, como su persona:

—¡Ah, estos enamorados! Se disputan, y al minuto siguiente... Bien, haré lo que me pide, señor Dixon.

Colgó Dixon mirando el reloj. Gardoni había dispuesto ya de doce minutos para dejar los zapatos. Efectuó otra llamada. A la taberna en que estaría Luigi. Preguntó por él. Contestó Muzio, el dueño:

—Luigi ha estado aquí toda la tarde, con su uniforme de chofer. Se fue hace cosa de media hora. ¿No le llamó usted?

—No.

—Es extraño. No creí que Luigi conociera a otra persona que pudiera llamarle aquí por teléfono, señor Dixon. ¿Algún recado por si vuelve?

—Volverá, puesto que esperaba mi llamada. Dígle que esté en el garaje. Necesito el coche esta misma noche. Buenas noches, Muzio.

Salió del bar, saltando a una góndola, ya que allí no podía disponer de un taxi veloz. Por todo el Gran Canal, los gondoleros cantaban para los turistas.

Entrando en un canal lateral, poco concurrido, Waldo Dixon se reconcilió con Venecia. Sin ruido, era una ciudad deliciosa. Una ciudad hecha para el amor y la soledad bien acompañada.

Apeándose, caía la primera gota de lluvia. Cruzó a pie varios puentes, por el laberinto de estrechos canales que conducían a su departamento. ¿Quién podía haber telefonado a Luigi? ¿Habría encontrado ya la señora Ninchi a Giana?

Cruzó el último puente, bajando a la acera. No había nadie a la vista. La lluvia empezaba a repicar con gruesos goterones sobre las quietas aguas.

Entrando en el zaguán, subió Dixon el corto tramo de escaleras. No había luces. Fred Gardoni solía apagarlas cuando se iba. Cruzó Dixon el recibidor, pasando a la alcoba, donde encendió la luz.

En el espejo de tres lunas, se reflejó su imagen. Tenía aspecto de no haber dormido en una semana y de estar hambriento. Volvió al salón, encendió, y, descolgando el teléfono, se dispuso a marcar los números de la Pensión Ninchi.

Sin saber por qué, cambió de idea, colgando y regresando a la alcoba. Palpó bajo la cama. Se puso a gatas. No había nada parecido a una caja de zapatos.

Rebuscó por si Gardoni había decidido cambiar el sitio de depósito. Miró en el baúl, rebuscó el armario y empezó a sudar.

Tendría que telefonarle a Riker, anunciándole que Gardoni había desaparecido con los zapatos y diamantes. Allí Riker. De pronto, pensó en un escondite posible.

Y regresando a la alcoba, fue a empujar la puerta del cuarto de baño.

Ya no importaba si Gardoni había dejado o no la caja de zapatos. Habían dejado a Gardoni.

Estaba sentado en la esquina de la ducha. Con los ojos muy saltones.

Y más muerto que Abraham Lincoln, meditó Waldo Dixon.

CAPÍTULO III

La ventana estaba entreabierta. Daba a un oscuro canal. Volvió Dixon a contemplar a Gardoni. Ostentaba una serie de cuchillazos. Uno le había resbalado por la palma de la mano.

La sangre abundaba. El asesino tuvo que mancharse. Miró el cuchillo, plantado entre las costillas izquierdas de Gardoni.

El cuchillo era suyo.

Volvió Dixon al teléfono, y le contestó la clásica voz de un mayordomo.

Ladró Dixon:

—Que se ponga Riker al aparato.

—¿Quién digo que llama, señor?

—Si Riker tarda un minuto en enterarse de mi mensaje, le despide a usted, amigo.

Pasó algún tiempo. Después oyó Dixon la voz amable, divertida, de Riker:

—Buenas noches. Lamento haberle tenido esperando. ¿Quién es?

—Dixon.

—¿Sí? Le dije que bajo ninguna circunstancia me llamase aquí.

—Cuelgue, y de todos modos, le visitará la policía.

—Antes que me explique de qué se trata, déjeme ilustrarle. Soy intocable. Soy un ciudadano muy respetado, sin conexión con la casa Leewe ni con usted. Nadie le ha visto nunca salir de mi casa. No tiene prueba alguna de ningún trato conmigo. Y ahora hable.

—Gardoni ha sido asesinado en mi departamento.

—¿Por qué me lo participa como si yo fuera responsable? ¿Por qué? ¡Ah, ya veo! —y emitió un murmullo riente, como si se tratase de un chiste delicado—. Usted piensa que lo hice para comprometerle, en venganza por sus escarceos con Marion. Por favor, Dixon, tenga la bondad de convencerse de que carezco por completo de esta dolencia llamada celos. No me puedo permitir esta emoción tan particular.

—Entonces, ¿quién lo mató?

—Gardoni carece de importancia. Nadie le conoce. Líbrese de él y olvídelo.

—Muy elegante. Trate usted también de olvidar que los zapatos han volado.

—¿Zapatos? Mi querido Dixon, los zapatos no pueden haberle llegado todavía, porque cambié de idea y decidí no emplear a Gardoni esta noche.

—Yo le vi con la caja bajo el brazo.

—Sería algún regalo para su mamá. De mí no recibió nada. He enviado a alguien de mucha más confianza.

—¿A quién?

—No sea indiscreto. Ya le advertí que habría imponderables. Comprendo su agitación, pero me defrauda. Ante el primer imponderable, ya está usted llamándome. Le advertí que todo quedaba a su iniciativa. Si abandona el viaje, deje recado a mi mayordomo. Si no llama, deduciré que prosigue. Mañana le espera el dinero. Adiós y buen viaje, Dixon.

Colgó Dixon maldiciendo del día en que conoció a Riker, y aceptó su oferta de trabajo porque por entonces andaba mal de fondos. Debía regresar a Texas con los demás componentes del personal que había fracasado en la búsqueda de petróleo por Sicilia.

Pero quería conocer Venecia. «Ver Venecia y soñar», decían los carteles.

Ahora se le estaba convirtiendo aquel «slogan» en: «Ver Venecia... y morir».

Estaba Dixon cerca del cuarto de baño, cuando el teléfono llamó. Abalanzándose, oyó la voz de Giana:

—Me encontró la señora Ninchi. Pero volveré a escaparme, porque tengo que sacar a Yvor de allí. No le puedo abandonar. No me importa que me maten...

Abajo resonó la campanilla de la puerta.

—Giana, hay alguien llamando. Quédate esperándome, que iré a verte tan pronto pueda. Te prometo que esta noche me ocuparé de Yvor.

Colgó. Abajo llamaban con mucha insistencia y autoridad.

Entró Dixon en el cuarto de baño. Estudió el problema. Sacar a Gardoni por la ventana, y deslizarlo por la pared hasta el canal. Sin mancharse de sangre.

Cuando retenía a Gardoni solo por los tobillos, boca abajo, asomado al exterior, la campanilla repicaba con mayor insistencia.

Abrió Dixon las manos, y Gardoni se zambulló en el canal.

Contempló Dixon cómo los dos grifos abiertos borrraban los rastros de sangre. Cerrando la puerta del cuarto de baño, bajó las escaleras rápidamente, gritando:

—¡Ya voy, ya voy!

Esperaba al abrir, verse frente a la policía. Sonrió. Era Luigi.

Llevaba su uniforme de chofer, y bajo el impermeable al brazo, tenía un envoltorio. Una caja de zapatos.

—Hola, Luigi.

Hacía cinco días que no se veían, pero Luigi actuó como siempre. Como si hiciera cinco años que estaban separados. Le enlazó por los hombros, riendo feliz. Era alto, ancho y jovial.

Subió las escaleras de dos en dos, diciendo:

—Insistí llamando porque sabía que estabas en casa. Me lo dijo él.

—¿El?

—El hombre que tú enviaste con la caja. Me llamó al café. ¿Estabas durmiendo, Taxy? ¿Salimos de viaje esta noche?

Entrando en el salón, replicó Dixon:

—Iba a ducharme. ¿Qué aspecto tenía el que te trajo la caja?

—Un tipo que no había visto nunca. Me dijo que te la diera —y tendió la caja. Le fallaron las manos a Dixon que tuvo que recogerla del suelo.

—Taxy, pareces indispuerto, hombre.

—Estoy preocupado por el viaje de esta noche. Será peligroso.

Hizo Luigi una mueca de deleite. Parecía un oso contento. Para Dixon era un alivio poder confiar en alguien:

—Vamos a rescatar a un fugitivo. Si nos pillan, vamos de cabeza a la cárcel y nos liquidan sin miramientos.

Luigi se frotó las manos.

—Me gusta el follón, Taxy.

—Piénsalo, Luigi. Hay muchas complicaciones esperando.

—El fugitivo, ¿de qué raza es?

—Italiano. Se quedó en Yugoslavia cuando la partición de Trieste.

—Pues a sacarle —y rio, exclamando: —«¡Evviva Italia»!

Se dirigía al cuarto de baño. Le atajó Dixon:

—¿A dónde vas?

—A lavarme las manos.

—Supongo podrás esperar a que me duche, ¿no?

Pareció asombrado, pero sonriendo se tendió en el sofá.

—Tengo algo importante que contarte, Taxy. He hecho una conquista. Tengo novia. La mujer más bonita que nunca has visto. Es maravillosa tan dulce, tan cariñosa...

—Lo celebro. Me lo contarás después.

Dentro del cuarto de baño, rasgó Dixon el envoltorio. Esta vez los zapatos eran negros en vez de marrones, y eran de confección algo tosca. Se duchó, acabando de lavar todo rastro de sangre.

Secándose, se asomó a la ventana, y respingando, vio a Gardoni.

Flotaba boca arriba en el canal, extendidos los brazos. Se vistió Dixon rápidamente, y calzados los nuevos zapatos, salió.

Luigi estaba sentado en el sofá. Pero acompañado. Abrazando a una mujer, que emitía arrullitos. Parecía que iba a comérsela. Dijo Dixon:

—Lo siento. Perdonen.

Se apartaron, y Luigi se puso en pie, sonrojado, anunciando:

—Texy, es mi novia. No la esperaba. Se presentó... Se llama Marion.

—Ya fuimos presentados —afirmó Dixon.

Marion Leonard seguía con su aspecto angelical. Replicó:

—Espero no le importe que haya venido, señor Dixon.

—¡Oh, no! Lo que lamento es que no podamos hacerle los honores de la casa. Luigi y yo tenemos que irnos.

Se arregló ella una onda, comentando:

—Supongo que van a ver a sus muchachas. ¿No, Luigi?

Denegó Luigi con energía:

—No tengo a más muchacha que tú, Marion.

—Y tú eres lo que más quiero, Luigi. Harías por mí lo que fuese, ¿verdad que sí, Luigi? Por eso estoy tan enamorada de ti.

Luigi la miraba como fascinado. Pensó Dixon que su amigo parecía tonto, pero con patetismo. Lo comprendía, ya que Luigi le había contado la historia de su vida. Y ninguna mujer le había dicho nunca que estaba enamorada de él.

—Tenemos que irnos —insistió Dixon.

Marion se puso en pie.

—Fue solo una visita breve. Tengo una góndola esperándome. Luigi, vete a decirle al gondolero que no se vaya.

Luigi obedeció prestamente, como un oso domesticado. Cuando ya no se oían sus pasos, dijo Dixon:

—No sabía que conocías a Luigi. Es un buen muchacho. No lo tortures demasiado, Marion.

—A quien pienso torturar es a ti, querido, apenas pueda. Te acordarás de mí, querido. Y yo estaré lejos riéndome. Recuérdalo querido.

Bajó ella corriendo las escaleras. Waldo Dixon se aproximó a la licorera. Al segundo trago se sintió ya reconfortado.

Fuera, en la noche, esperaba Luigi. Preguntó Dixon:

—¿Dónde está Marion?

No contestó Luigi. Caminaron en silencio, hasta llegar al coche. Ocupó Luigi el volante. Conducía ceñudo. Dixon encendió dos

cigarrillos, colocándole uno entre los labios a Luigi.

Aspirando humo, preguntó Luigi:

—¿Cómo pudo ella entrar en tu piso?

—La puerta debía estar abierta.

—La cerraste tú. Ella tenía una llave.

—No seas estúpido, Luigi.

Apretó Luigi más a fondo el acelerador. Dixon aconsejó:

—Tómalo con calma. Tendremos ocasiones sobradas de rompernos el cuello sin que ahora embistas alguna pared.

—¡No me hables así, porque no me gusta! ¿Te enteras?

—Me entero, pero tienes que conformarte con las verdades, Luigi. Mejor que te «desenamores». Tengo, entendido que Marion es prometida oficial de un individuo peligroso.

—¿Tienes entendido...? ¡Lo sabes perfectamente! El tal individuo peligroso es el tipo por el que trabajamos, haciendo estos viajes.

—Error, Luigi. Yo trabajo para él, pero tú trabajas a mi cuenta. Todo lo demás, no te concierne. Cuando lleguemos a Ribaldi, vete al café de siempre. Tengo una visita que hacer.

—Bueno —y mirando de soslayo, añadió Luigi—: Hay algo que vamos a aclarar. No me pagas bastante. Corro muchos riesgos y no cobro bastante. Quiero más dinero.

Alargando la mano, Dixon cerró el contacto. El coche se detuvo. Dijo:

—Has corrido el último riesgo, Luigi. Baja. Haré el viaje solo.

Se revolvió, alzando el puño cerrado. Dixon apoyó en su vasto torso la abierta zurda, diciendo calmosamente:

—Estás fuera de tino, Luigi. ¿Qué te ocurre, hombre?

Luigi dejó caer lentamente el puño sobre su muslo. Parecía a punto de llorar, al decir:

—Maldita sea, Texy. No sé lo qué me pasa. Somos buenos amigos, ¿no? Tal vez esté algo enfermo.

—No. Estás bien de salud. Solo que te has enamorado.

—Así es —y se pasó Luigi la ancha diestra por el rostro—. Ella es maravillosa. Es buena y bonita.

—Ella es todo lo que quieres tú creer que es. Vamos —y volvió Dixon a poner el contacto—. Tenemos que sacar al muchacho de Yugoslavia.

Por un instante, titubeó Luigi como si fuera a confesar algo. Apretó las mandíbulas y siguió conduciendo.

Detuvo ante el café donde Dixon había conocido a Giana. A ella se le había caído el bolso, esparciéndose su contenido, que Dixon

ayudó a recoger. Se habían enamorado...

Bajando, se alzó Dixon el cuello de la canadiense.

—Vuelvo pronto, Luigi. Tómate un buen café.

—¿Vas a visitar a tu chica?

—Unos minutos.

En la pensión pasó Dixon sonriendo ante la rolliza señora Ninchi, que señalaba hacia el fondo del corredor. Waldo Dixon abrió una puerta, la cerró reclinándose en ella, y permaneció en silencio.

Siempre que veía a Giana Montalvi no sabía qué decir en un principio.

Porque era la primera vez que amaba de verdad. Ella se aproximó, fundiéndose ambos en estrecho abrazo.

Besándola, pensó Dixon que ninguna mujer le había proporcionado aquella sensación de primavera, de verdad, de idealismo...

Por fin, susurró ella:

—Gracias por venir a tranquilizarme, Waldo.

—Bien, si tengo que pescar a Yvor, he de conocer más detalles. ¿Quién te trajo el aviso?

—El mismo de siempre. Pero estaba muy asustado. Le di dos mil liras. Todo lo que tenía —y de su escote, sacó ella un papel arrugado—. Es letra de Yvor.

Cogió Dixon el papel, alisándolo. Estaba escrito en italiano, a lápiz:

«Grazba. Tres madrugada. Hoy. Monumento Guerrillero.
Mi última oportunidad. Por favor, ayuda.

“Yvor”

Los ojazos de Giana estaban inundados de lágrimas. Pensaba en sus padres y hermana fusilados. Dixon le rodeó los hombros con el brazo:

—Nada de penitas, muchacha. Aquí está el muy listo de Waldo que sacará a Yvor del fuego. Es tu hermano gemelo, ¿no? Basta con esto, para que yo desee hacer por él lo que sea.

Se dejaba ella mecer. Sentándola en sus rodillas, la consoló Dixon con pueril cariño:

—Y ahora a pensar solo en las campanas de boda. Mañana por la mañana tendré bastante dinero para que nos casemos y pasemos una luna de miel en Capri antes de volver a Texas. Te gustará aquello. Y tal vez Yvor quiera venir con nosotros.

Reía ella entre lágrimas. Añadió Dixon:

—Ya que no tienes una foto de Yvor, dime qué aspecto tiene.

—Le conocerás fácilmente. Es rubio, y se me parece mucho. Es de poca estatura, y antes parecía tener menos de veinte años, pero después de la prisión...

—Bueno, ya le daré un beso en la frente de tu parte. El monumento al guerrillero está en la ribera del Grazba, antes de entrar en la calle principal de Libijana. Una gran masa de piedra representando a un hombre en mangas de camisa con un rifle. Allí estaré a las tres. Yvor tendrá que encogerse en el portaequipajes, que los aduaneros no me registran. A las cuatro estará ya en Trieste.

—Yo esperaré allí, en casa de mi amiga Melia Zimmer. Y así veré llegar a los dos hombres que más quiero en el mundo. Claro que de modo distinto —sonrió.

Waldo Dixon volvió a besarla, susurrando:

—Te quiero con toda mi alma, Giana.

Respingó ella, forcejeando, y asombrado la dejó Dixon ponerse en pie. Miró también hacia la puerta que acababa de abrirse.

Allí estaba Marion Leonard. Su rostro era como una máscara de cera.

Pero dijo jovialmente:

—Lamento interrumpir —y cerró la puerta, entrando.

Giana Montalvi expuso dignamente, con su inglés gramatical:

—Le ruego que salga.

—¿Conque esta es tu nueva conquista, Waldo? —sonrió Marion.

—Giana, esta es la señorita Leonard, prometida del señor Riker. Reside en Venecia.

—¿Cómo está usted? —murmuró Giana—. Ignoraba que usted conociera a mi novio.

Rio Marion:

—Le conozco muy bien. Waldo muda de novia cada semana.

—Yo soy la última —replicó Giana, con fervor.

—¡Caramba con la niña! —rio Marion—. Está convencida. No sea tonta, Giana. Este hombre le jura amor a la primera mujer que...

—Marion, no olvides que tienes que ir al teatro donde te espera tu prometido oficial.

—De momento, quiero que Giana sepa la clase de individuo que eres.

—¡A ella solo le interesa saber que nos vamos a casar! —afirmó Dixon.

—Vaya —y le tembló la sonrisa a Marion Leonard—. A mí no me prometiste boda, pero cuando me besabas...

—Por favor señorita Leonard —atajó Giana—. Nada de lo que pueda usted decir, cambiará mi amor por Waldo.

Marion Leonard sacó del bolso un pañuelo, se lo pasó por los ojos. Después se miró al espejo, y por fin, contemplando una bandeja con cafetera eléctrica, dijo:

—Un poco de café me repondrá.

De espaldas, llenó dos tazas. Se volvió con ambos recipientes en las manos. Tendiendo una a Dixon, musitó:

—Bien, he perdido, Waldo. Pero sé perder. Por tu felicidad, Waldo.

Bebió ella. Waldo Dixon apuró su taza. El café estaba amargo y frío.

Marion Leonard dejó caer su taza al suelo. Salió dando un portazo.

Giana murmuró:

—Lo pasado, pasado. Lo que importa es lo presente, Waldo.

—Así es. ¿Persistes en querer ir a Trieste a esperarnos? Bien, el coche aguarda frente al café donde nos conocimos. Allí iré dentro de unos minutos, porque primero tengo que hacer una visita. Tocaré la bocina, cuando esté preparado a partir. En el café está Luigi. Le reconocerás fácilmente. Es grandullón, feo y no muy despierto. Sé amable con él, porque es un buen muchacho. Me ayuda esta noche a rescatar a Yvor. Hasta ahora.

Saliendo a la calle, fue Dixon al segundo callejón hacia la casa de Zaro Felini. Tuvo que reclinarse en la pared. Le quemaba el estómago, y sentía náuseas. Siguió avanzando, pensando en el café que le había ofrecido Marion Leonard.



—No es nada ilegal, Máximo...

CAPÍTULO IV

Zaro Felini dilató los ojos, pero recobró pronto su normal sangre fría, precediendo a Dixon hacia el despacho, tras el taller de disecador. Sentándose tras la mesa, señaló Felini los frascos de cristal:

—¿Licor, señor Dixon?

—No, gracias.

Zaro Felini era agradable, y parecía italiano, pero era dalmata. Su cabello negro, era muy espeso y rizado. Tenía todos los modales y aspecto de un diplomático. Vestía sobriamente, y trataba a todo el mundo con mucha deferencia, pero sin servilismo.

—¿Se encuentra bien, señor Dixon?

—Por ahora sí —y viendo que Felini le miraba los zapatos, añadió—: Esta noche no me mudo aquí los zapatos.

—Lo celebro, porque no tengo nada preparado. Y temía estar equivocado. Excuse mi presunción, pues, si considero su visita como social. Siempre he deseado conocerle mejor, señor Dixon. Me gustaría ser su amigo.

—Gracias. He venido a por el Sobre Seis.

Zaro Felini permaneció impasible, pero sus ojos perdieron toda suavidad. Parecía un maniquí desprovisto de sangre, al preguntar:

—Entonces, ¿quiere decir que ya está todo a punto?

Waldo Dixon no oyó más. Su cabeza dio con la mesa. Tardó en oír el tintineo de cristales. Felini le abofeteaba suavemente, intentando hacerle beber. Dixon abrió los ojos, y desesperadamente buscó un recipiente. Cogió la cesta de papeles y vomitó en ella.

Cuando le pareció que su estómago quedaba vaciado, llevó la cesta al patio lateral, y regresando dijo:

—Mil excusas, Felini.

—¡Bah, algo indigesto!... La cocina italiana tiene estas bromas a veces. Un buen trago, y nuevo, señor Dixon.

—Gracias, pero tengo prisa.

—¿Otra visita?

—Nunca me hizo preguntas hasta ahora, Felini.

—No es una pregunta. Aunque habría gente que le pagaría mucho dinero si usted contestase algunas de ellas.

—¿Cómo cuánto?

—Bien... Lo suficiente.

—¿Usted? Dígame lo que cree que va a suceder esta noche, y yo le diré si acierta.

Rio Felini silenciosamente. Después dijo:

—Confieso que hablé solo por hablar.

—Deme el Sobre Seis.

—Primero enséñeme el Sobre Uno.

Sacó Dixon el sobrecito que le había entregado Riker. Alargó Felini la mano, pero Dixon lo mostró sin soltarlo. Dijo Felini:

—Legítimo.

Fue a un estante, sacó un libro, y de entre sus hojas un sobre idéntico al que sostenía Dixon. Lo entregó diciendo:

—Cumpló mi parte. ¿No tiene ningún mensaje especial para mí?

—Ninguno.

—Bien, entonces, adiós, y recuerde que deseo su amistad, señor Dixon.

—Pues deme una prueba ahora. Acompáñeme hasta el coche, porque aún no estoy del todo repuesto de mi mareo.

—No faltaría más.

Dixon se dejó coger por el codo, después que Felini se colocó un impermeable. La lluvia arreciaba. En la calle principal no había nadie. El coche esperaba ante el café.

Abrió Felini la portezuela, preguntando:

—¿Se encuentra ya mejor?

So insertó Dixon tras el volante. Acodada en la ventanilla, añadió Felini:

—¿Quiere que vaya con usted, ya que se encuentra algo indispuesto?

—No, gracias. Ya estoy bien. ¡Ah, me olvidaba! Tengo un mensaje para usted.

—¿Cuál?

—Telefónee ahora mismo a Riker. Adiós.

Arrancó Dixon, pero solo dio la vuelta a la manzana, aparcando cerca de la esquina. A pie, llegó hasta un zaguán. Desde allí veía telefonar a Felini, en la cabina pública. Colgaba después de hablar, y volvía a marcar números. Habló aprisa.

Después, saliendo, permaneció cerca de la esquina, hundidas las manos en los bolsillos de su abrigo impermeable. Pasaron unos minutos. Un coche negro vino a detenerse ante Felini. Había otros tres hombres en el interior.

Felini se sentó junto al del volante, y el coche partió velozmente, virando en el ramal que comunicaba con la carretera de Trieste.

Volviendo al coche, condujo Dixon hasta el café. Oprimió el

claxon. Salieron Giana y Luigi. Parecían nerviosos, y permanecieron junto al coche, indecisos. Luigi se remojó los labios:

—¿Es verdad que ella viene con nosotros a Trieste?

—Es verdad.

—No quiero.

—Pues yo sí, Luigi. Siéntate atrás. Tú conmigo, Giana.

—Llevo el uniforme. Debo conducir yo.

—Siéntate atrás.

Luigi titubeó, pero por fin, obedeciendo, se instaló en el asiento trasero. Cuando ya entraban en la carretera de Trieste, preguntó Dixon:

—Bueno, ¿qué pasa aquí?

Giana no contestó. Lo hizo Luigi:

—Es que puede ella verse liada si hay jaleo en Trieste.

—¿Qué clase de jaleo? El jaleo solo empieza al otro lado de la frontera. Trieste sigue siendo Italia. ¿Qué jaleo esperas, Luigi?

—¡Oh, ninguno, ninguno absolutamente!

Las veinte millas que separaban el barrio de Ribaldi de Trieste fueron recorridas en silencio. Notaba Dixon algo extraño en Luigi. No quiso preguntarle si había vuelto a ver a Marion. Era seguro.

Solo Luigi podía haberle dicho a Marion qué él estaba con Giana. ¿Qué pretexto habría inventado Marion para justificar su persecución de Dixon? Cualquiera. Marion sabía mentir con gran sinceridad. Y Luigi la creería a ella aunque dijese que la luna era un queso verde.

Condujo por la calle Maggiore, pasando ante el consulado yugoeslavo, y tras el puente Vincitore, fue a detener el coche en la Piazza Leopardi.

—Tengo que hacer una visita Giana. Puedo llevarte a casa de tu amiga Melia.

—No, quiero estar contigo hasta el último momento. Déjame, Waldo.

—Bueno, vuelvo pronto. Cuida de ella, Luigi.

Waldo Dixon se alejó, entrando en una de las laterales. El local de Hamiz era un «delikatessen». Al entrar Dixon, Hamiz, tras el mostrador, exclamó sorprendido:

—¡«Má peccato»...!

Los clientes miraban también a Dixon, que dijo:

—El único pecado es que usted es el único que vende salchichón y el queso que deseo comprar.

Hamiz se recobró, y señalando con su cuchillo al dependiente, dijo:

—Sirve a la clientela. Y usted, señor, si yo soy el único que vende lo bueno, lo pagaré caro —y río. Su barrigón se agitaba tras el delantal, mientras señalaba con el cuchillo la trastienda—: Tengo allí unos embutidos de gloria, amigo. Venga.

Desde la trastienda, pasaron a un despacho, cuya puerta cerró Hamiz desde dentro, diciendo:

—¿Qué sucede? —y miraba los zapatos de Dixon.

—No, Hamiz. Esta noche llevo mis zapatos —y se sentó Dixon en una esquina de la mesa.

—¿Entonces...? Yo no tengo instrucciones. ¿Por qué no fui avisado?

—He venido a por el Sobre Seis.

Hamiz alzó la mano como para imponer silencio. Y musitó incrédulo:

—¿El Sobre Seis? ¿Ahora? ¿Ya?

—Así es.

Se desplomó en el sillón.

—Tengo prisa, Hamiz.

—¡Prisa, prisa! Eso es lo que nos matará. No estoy preparado para la acción. Ni tampoco los otros. ¿Qué instrucciones trae para mí?

—Ninguna.

—¿Por qué no he sido consultado?

—A mí no me pregunte. Yo solo soy el botones.

—¿Cuándo va a estallar eso?

—¿Qué es lo que ha de estallar?

Se levantó Hamiz, acariciándose el mostacho con energía:

—O sea, que he corrido riesgos, he expuesto mi dinero, y ahora al final no sé nada de nada. Con todas las promesas que el condenado Rikerski me hizo... ¿Qué le prometió a usted?

—Deme el Sobre Seis. Tengo prisa.

—Nunca me ha sido usted simpático, tejano. Usted se cree un súper aventurero. Pues entérese... ¡No le doy ni el Sobre Seis ni siquiera una cuartilla sucia!

—Por mí, allá películas. Adiós, Hamiz.

—¡Espere, hombre, espere! Ya me conoce... Fanfarroneo un poco, pero sin maldad. Hablemos, hijo.

Waldo Dixon intentó un farol:

—¿De la próxima revolución?

Hamiz dejó el cuchillo sobre la mesa. Le sudaban las palmas de las manos y se las frotó lentamente sobre el delantal, diciendo:

—Escuche, sé que usted debe ser un miembro importante en la

organización... Si me pudiera decir lo que se prepara... Yo el lunes podría pagarle lo que me pidiese...

Pensó Dixon que no solo no podía esperar hasta el lunes, sino que una hora de más aquella noche, era perderlo todo. Contestó:

—El Sobre Seis. El gemelo de este —y sacó el entregado por Riker.

Encogiendo los hombros, Hamiz salió del despacho. Dixon deslizó el cuchillo de salchichero en un cajón. Esperando, se contempló Dixon los zapatos. No eran como los de los anteriores viajes.

Hamiz volvía a entrar. Llevaba un sobre en la diestra. En la zurda un fajo de billetes de mil liras. Sonreía introduciendo sobre y billetes en el bolsillo de la canadiense de Dixon:

—Bien, hijo. Es un regalito porque es usted un muchacho honesto. La clase de muchachos que saben guardar la boca cerrada. Y espero que no le guarde rencor a un viejo como yo. ¿Olvidará lo que le dije esta noche?

Sonrió Dixon:

—Ah, pero ¿me dijo algo? No me acuerdo.

Aliviado, Hamiz le palmoteó un hombro, y ya en la trastienda, anunció en voz alta:

—De acuerdo, señor. Le enviaré el paquete el lunes, sin falta.

Ya en la puerta de salida, añadió Hamiz:

—Adiós, hijo —y le abrazó.

—Adiós, papi —y besándole en una mejilla añadió Dixon—: Telefonee inmediatamente a Riker.

Notó cómo Hamiz se envaraba. Soltándole, se alejó a paso rápido. Dando la vuelta a la manzana, espío la tienda de Hamiz. Estaba colgando el teléfono, y, plácidamente, volvía a su tarea de salchichero.

Esperó Dixon unos minutos, y volvió hacia su coche. Estaba cerca cuando oyó un grito de mujer. Corrió, abriéndose paso a codazos. En el centro de un grupo, había una mujer tendida en el suelo.

Era Giana Montalvi. Inerte, con el rostro cubierto de sangre.

CAPÍTULO V

La levantó, abrazándola. Un joven tocó en el codo a Dixon.

—Mejor que la traiga a mi bar.

Llevándola notó Dixon que ella se movía un poco. En el bar, un marinero iba explicando:

—Oímos cómo gritaba y salimos corriendo. Dos tipos la tenían cogida, y le pegaban canallescamamente. Al vernos llegar, huyeron como conejos. Como cobardes que eran, los hijos de la gran perra... ¿Qué otra cosa puede esperarse de hombres que pegan a una mujercita?

Una voz de mujer bebida, afirmaba:

—Puede que fueran su esposo y hermano. ¿Y cómo sabemos que nos quieren si no nos pegan?

El joven les condujo a un pequeño reservado. Giana murmuró:

—Creo que ya estoy bien, Waldo...

—¿Llamo a la policía? —preguntaba el joven.

—No, no —rebatía Giana sentándose en el sofá.

Una mujer acudía dejando sobre la mesa una jofaina con agua caliente y toallas. Giana empezó a lavarse el rostro. El joven dueño del bar, dijo:

—Espero que no haya consecuencias. Prefiero no tener jaleos.

La mujer indicó:

—Tienes que atender el bar, Máximo.

La radio anunciaba las ventajas de un dentífrico. Miró Dixon la jofaina en cuya agua la sangre iba tiñendo. Recordó a Gardoni...

Cogiendo por los hombros a Giana, apenas hubo salido la mujer, preguntó:

—¿Quiénes eran?

—No sé.

Tenía un labio agrietado, un ojo iba hinchándose, y había magulladuras en su barbilla. Añadió:

—Eran dos hombres que se acercaron diciendo que el coche no podía estar aparcado allí. Yo bajé...

—¿Dónde estaba Luigi?

—No sé. Se fue al minuto de irte tú. No me dijo a dónde iba.

—¿Qué pasó con los dos hombres?

—Me cogían del brazo, y empezaron a preguntarme dónde habías ido esta noche, y dónde pensabas ir después. Dije que no

sabía nada. Seguían preguntando, y por fin me pegaron.

Se tocó ella el labio agrietado:

—¿Quiénes eran, Waldo? ¿Tiene que ver con Yvor?

—No sé. Pero ahora no puedo llevarte a casa de tu amiga porque los dos canallas conocen mi coche. Podrían seguirnos.

La besó en las magulladuras. Y después fue a abrir la puerta. El joven Máximo estaba tras el mostrador, pero sin servir a nadie. Acechaba el reservado, y Dixon le llamó con un ademán.

Dentro del reservado, cerrando la puerta, preguntó Dixon:

—Máximo, ¿hasta qué hora tiene abierto?

—Toda la noche. Es sábado.

—Me gustaría dejar aquí a mi novia, y que no corra peligro. Yo estaré de vuelta en unas horas.

Arrugó Máximo la frente, y dijo:

—Lo siento, pero no puedo.

Se abrió la puerta y entró su esposa. Esta sonrió mirando a Giana:

—Parece que ha sido poca cosa. ¿Qué ocurre, Máximo?

—Él quiere dejarla aquí, Carla.

—¿Y por qué no? —contestó Carla.

—¿Hay algo ilegal? —quiso saber Máximo.

—Nada en absoluto. Es una cuestión de orden familiar.

—Bien... ¿Qué opinas, Carla?

—Que se quede.

—Aquí no entrará nadie —afirmó Máximo.

—Gracias —dijo Dixon sacando el fajito de billetes que le había dado Hamiz y ofreciéndolo a Máximo—: Acepte esto con mi gratitud.

—Oh, no... Sé ganarme la vida, sin aceptar... regalos.

—Seguro que sí —afirmó su esposa Garla, mientras él se apartaba.

Pero ella tendía tímidamente la mano, en la que colocó Dixon el dinero.

—¡Carla! —reprochó Máximo.

—Nos hace falta, Máximo mucha falta. Gracias, señor —y se miró el abultado abdomen, añadiendo—: Tenemos ya tres críos y otro en camino. Muchas gracias, señor. Cuidaremos de su novia. No se inquiete.

Waldo Dixon besó en la mejilla a Giana, y saliendo del bar, estaba ya tranquilizado. Dirigiéndose hacia el coche, oyó el coro de marineros cantando en torno al que tocaba un acordeón.

Abriendo la portezuela, vio a Luigi sentado atrás. Se dominó,

crispando el puño. Instalándose tras el volante, dijo:

—Fuera, Luigi. Acabaste conmigo. Fuera.

—Pero, ¿qué pasa, Taxy? ¿Qué te he hecho, Waldo?

—¿A dónde fuiste?

—¿Cuándo? —y apeándose, vino Luigi a sentarse junto al volante. Sonreía con implorante afecto—. No podía decírselo a ella. Quería ir al lavabo. ¿Se fue tu chica? ¿Estás enfadado conmigo?

—¿Es que no oíste gritar a una mujer?

—Sí, y es seguro que era una furcia que no cumplía lo prometido. Todas las noches de sábado ocurre... —y rio, sinceramente divertido.

—¿Tienes tu revólver?

—En mi calcetín. ¿Lo necesitamos?

—Tal vez. Puede que intenten seguirnos. Y tenemos que impedirlo.

—Eso es fácil. Demos vueltas a la Dulce Chiesa, hasta que se mareen y de pronto, ¡zas! por un callejón lateral. ¿Quieres que conduzca?

—Puedo hacerlo.

Condujo Dixon a lo largo de los muelles. Después dio ocho vueltas por la gran plaza de Dulce Chiesa. Nadie les seguía.

Embaló hacia la carretera. La colina estaba a oscuras. Abajo quedaba Trieste como una bandeja enjoyada en su luminosidad. Detuvo, cambiando de sitio con Luigi, que se puso al volante, conduciendo hacia Aduanas.

Las primeras veces los aduaneros lo habían registrado todo. Ya no lo hacían. Dixon permanecía con expresión austera, mientras los carabineros bromeaban con Luigi. Uno decía:

—¡Bandido! ¿Intentas sacar un cuadro de Tintoretto?

—¡Qué va! —reía otro—. Lo que intenta es asesinar a Tito, ¿no, Luigi?

—Lo que intento es conquistarme a un yugo que pesa cerca de los cien.

Le palmeaban los hombros, riendo. Alzaron la barrera. Después de la curva había otra barrera. Dos guardianes uniformados alzaron sus rifles. Cinco pasos más allá era ya Yugoslavia.

Bajó Dixon sonriendo. Los guardianes le saludaron acompañándole al despacho. Slavomir estaba de servicio. Dixon se sintió muy aliviado.

Slavomir tenía ojos muy azules, rientes. Se mesó el lacio cabello rubio, comentando:

—Un gran hombre, sí, compañeros. La Casa que representa

vende a nuestra patria muy buenos suministros.

Selló el tríptico para el coche, preguntando:

—¿Destino esta vez, señor Dixon?

—Libijana.

—¿Visitando a...?

—Ian Paulovic.

Sellaron los dos pasaportes, estrechando la diestra de Dixon. Slavomir le acompañó hasta el coche, y en la sombra deslizó Dixon un paquetito en la diestra de Slavomir.

Un perfume francés. La vez anterior habían sido medias de nylon.

Slavomir sonrió, ondeando la zurda. Luigi puso el contacto, y sentándose, pensó Dixon que sus zapatos parecían pesarle una tonelada.

Atravesaron el límite, y el coche fue acelerando. Luigi se quitó el revólver de la doble liga, y lo dejó en el bolsín a su izquierda.

Iban ya por la carretera hacia Libijana. Más que una carretera era un sendero, serpenteando entre colinas de roca volcánica, heladas en invierno, hornos en verano.

Volvía a llover, y el abanicador del parabrisas iba oscilando. Por aquel sendero no podía sacarse más de cincuenta por hora. En los valles, pasaban por pueblos adormilados, por cuyas calles transitaban cabras y asnos.

—Cuando quieras cojo el volante, Luigi.

—Por ahora, voy bien. No te preocupes por mí.

—Nunca me preocupas, Luigi. Tres aldeas atrás está el sitio donde recogeremos al muchacho al regreso. Pasará la frontera metido en el portaequipajes. Es el hermano gemelo de Giana. No nos darán una medalla, pero mañana, en Venecia, te daré dos mil dólares. Y nos emborracharemos. Hace ya cerca de un mes que no nos hemos emborrachado juntos. ¿Te gusta la idea?

Luigi asintió en silencio. Reclinando la nuca en el respaldo, se adormiló Dixon pensando en Giana.

Se despertó sin abrir los ojos. Luigi le estaba sacudiendo por un hombro, pero suavemente. Y el sentido de alarma de Waldo Dixon funcionó.

Allí había algo raro. Luigi era habitualmente rudo amistosamente rudo, al despertarle. Ahora, en cambio, le palmeaba suavemente, murmurando:

—Texy...

Iba frenando. Dixon reclinó la cabeza de lado, cerrados los ojos.

—¿Texy, Texy? —y era una pregunta.

De soslayo, entreabriendo apenas las pestañas, escrutó Dixon el semblante de Luigi. Contorsionado, como temeroso y a la vez enloquecido...

Waldo Dixon siguió fingiendo sueño. La taza de café de Marion. El narcótico que había vomitado en casa de Felini. Y ahora, Luigi le creía narcotizado.

Luigi detuvo el coche. Acercó el oído para percibir mejor la ruidosa respiración. Apagó los faros.

Pensó Dixon en Gardoni flotando boca arriba en el canal.

Luigi se inclinó, empezando a desatar el zapato izquierdo de Dixon.

Waldo Dixon alzó la rodilla chocándola en pleno rostro de Luigi, cogiéndole a la vez el cabello. Taconeo la mano que Luigi tenía en la alfombrilla.

Luigi mordió la rodilla de Dixon, y alzó el antebrazo. Era muy fuerte. Su antebrazo empujó por la garganta a Dixon, mientras su puño zurdo conectaba con un lado de la cabeza de Dixon.

Waldo Dixon se arrugó en la esquina del asiento.

Luigi le encañonaba el revólver, resollando. Murmuró Dixon:

—Es una pena, Luigi, porque te creía mi amigo. Jadeando como un animal herido, gruñó Luigi:

—Quítate los zapatos.

—¿Y después, qué? ¿Un balazo? ¿O un empujón por el abismo?

—Sabes que no te mataré. Hemos sido amigos, Taxy. Dame tus zapatos, y podrás irte hacia Libijana. Yo atravesaré de nuevo la frontera.

—No podrás, Luigi.

—Sí. Tú no te atreverás a telefonar a la frontera. Estos diamantes constituyen tráfico ilegal. No los puedes mencionar sin complicarte.

—Eres muy listo, Luigi. ¿Quién te dijo que hay diamantes?

—Dame los zapatos. No te mataré.

—¿Por qué me tratas de diferente modo que a Gardoni?

—¡Fuera tus zapatos, condenación!

—Tú mandas. Espero que el dinero no te malee, Luigi. Lo necesitarás para tranquilizar tu conciencia, cuando pienses en el otro italiano que morirá por tu culpa.

Empujó Luigi con el revólver en las costillas de Dixon:

—No hables más. Los zapatos. Venga, pronto.

No había otra alternativa. Se inclinó Dixon quitándose el zapato izquierdo. Lo cogió por el tacón.

—«Okey», Luigi.

Tenía el codo derecho contra el abridor. Pegó un zapatazo en la muñeca armada, y a la vez dio el codazo abriendo la portezuela. Rodó Dixon fuera y se encontró corriendo en la oscuridad lluviosa, llevando el zapato en la mano.

Los guijarros cortaban la planta de su pie, pero pensaba solo en que de un momento a otro dispararía Luigi. Se encendieron los faros.

Así pudo ver Dixon el viraje. El coche arrancaba ya. Solo veía Dixon los paredones rocosos, lisos. Estaba copado. El coche se acercaba... Dentro de tres segundos, los faros le iluminarían.

Y vio entonces la silueta de un arbusto. Crecía horizontal a la carretera, sobre el abismo. No tenía tiempo en pararse a calcular si resistiría su peso.

Saltó agarrándose a una rama, y quedó colgando sobre el abismo. El coche conducido por Luigi pasó de largo, desapareciendo en el otro viraje.

Oyó Dixon el peculiar ruido del frenazo en seco. Luigi iba a virar. Le descubriría. Como un jinete tratando de montar una cabalgadura esquiva, onduló Dixon repetidamente, hasta que el talón del pie descalzo, se afianzó al borde de la carretera.

Cuando logró sentarse, palpó a tientas hasta encontrar el zapato. Luigi llamaba:

—¡Texyyyyy!

Las montañas repetían el nombre en eco, mientras Dixon se calzaba. Luigi no sabía dónde estaba. Avanzó Dixon adherido al lado rocoso. Tenía guijarillos entre el calcetín y la suela izquierda, que mordían a cada paso. Asomándose al viraje, vio el coche detenido y Luigi a un lado, mirando hacia arriba, al sendero de cabras que ascendía hacia la cumbre. Y volvía a llamar:

—¡Texyyy! ¡Vuelve, que no te haré daño, hombre! ¡Palabra! Si lo quieres tiro la pistola.

Parecía un niño arrepentido, pero Dixon siguió adherido a la roca, esperando, porque aquella noche su amigo Luigi no era de fiar.

—¡Vuelve aquí, Taxy! Tenemos que pensar en el muchacho gemelo de tu chica, hombre. Lo siento, palabra, que siento lo que ha sucedido.

Allí no podía virar. Ahuecó las manos en torno a la boca, dirigiéndose hacia el sendero empinado:

—Sé que estás ahí, Taxy. No tienes dónde ir, hombre. Puedes verme. ¡Mira!

Y Luigi alzaba el revólver, para después guardarlo en el bolsillo y proseguir:

—Fíjate. Voy a subir, para que hablemos como amigos. Tengo que explicarte por qué me he portado así. No huyas. Palabra que ya no peharemos.

Y empezó a subir por el sendero, agarrándose a rocas, ramas y raíces. Dixon calculó el tiempo suficiente. Le oía hablar hacia arriba, convencido de que allí estaba.

Waldo Dixon, pese al dolor de su planta izquierda, corrió en *sprint* de campeón. Y estaba ya agarrando el volante, cuando oyó pedruscos resbalando hacia la carretera, anunciando que Luigi se había ya dado cuenta y bajaba a todo gas.

Embragó Dixon y atrás quedaba la voz de Luigi implorando:

—¡Taxy! ¡No me dejes solo! ¡Taxy!

Dixon conducía apretadas las mandíbulas. Sentía furor, porque había confiado en la amistad de Luigi.

El limpia cristales iba barriendo la lluvia. A las cinco millas, detuvo Dixon un instante para encender un cigarrillo. Después se quitó el zapato izquierdo, y fue sacudiendo las piedrecitas. Calzándose de nuevo suspiró aliviado del físico malestar.

Pero las incidencias apenas habían empezado. Siguió conduciendo hacia las luces que señalaban la posición de Libijana.

CAPÍTULO VI

Era medianoche cuando entró en Libijana. La lluvia había cesado, y condujo lentamente por la calle principal, desierta. Solo había un café abierto. Detuvo, porque necesitaba beber un trago.

Había un hombre tras el mostrador, y otros cinco en una mesa esquinada cantaban con voz de lamento una canción eslava. El que estaba tras el mostrador preguntó en esloveno qué quería beber. Dixon pidió un «slivovic», que se llevó a una mesa de la otra esquina.

Su meditación no era agradable: Gardoni asesinado en Venecia, Giana maltratada en Trieste, y su mejor amigo tratando de robarle, tal vez de asesinarle.

Su próxima meta era visitar a Ian Paulovic. Y después procurar que la policía secreta yugoeslava, la famosa UDBA, no rondara por el sitio donde a las tres de la madrugada esperaba ansiosamente el fugitivo Yvor.

Los cantores habían cesado de lamentarse. En el silencio se hizo más opresiva la voz de el del mostrador que, acercándose, preguntaba en italiano gutural:

—¿Usted turista, no? ¿Tiene su identidad papeles?

Waldo Dixon asintió solemnemente, acabando de deglutir el amarillento brebaje, y poniéndose en pie dijo:

—Charlaremos un poco, amigo, apenas me refresque en el lavabo. He bebido demasiado.

Sonrió complaciente el del bar, comentando:

—Todos aquí mucho bebido. Allá está lavabo.

Pasó Dixon al patio, saltó la cerca, y tras el volante, pisó a fondo. No le interesaba llamar demasiado la atención. Condujo hacia la parte antigua de la ciudad, donde residía Ian Paulovic.

La casa era grande y de estilo barroco, con arboleda en torno. Paulovic ocupaba un cargo oficial en el Departamento Agrícola. Lo cual justificaba las visitas de Dixon, viajante de la «Leewe».

No tenía que visitarle furtivamente. Detuvo el coche en la alameda lateral, y bajando atravesó la arboleda. La luna se reflejaba en los cristales de las ventanas. No había otra luz.

Las conversaciones con Paulovic las realizaba Dixon en una habitación sin ventanas del centro de la casa. Subió los tres anchos peldaños, pasando al pórtico de grandes columnas. Tiró de la

campanilla.

La noche era fresca, húmeda de reciente lluvia. Waldo Dixon, esperando, ansiaba verse cuanto antes libre de los tres sobres y los diamantes.

La puerta se abrió, y Dixon, entrando, vio a una mujer sosteniendo en alto un candelabro.

—Buenas noches, señor Dixon.

Era bien parecida. Negros ojos brillantes, espeso cabello oscuro y pómulos planos. Girando, le precedió a través del amplio vestíbulo, pero dirigiéndose hacia la izquierda, donde estaba la escalera. Dixon dijo:

—¿Qué pasa hoy con la sala de costumbre?

Ella se volvió, sonriendo. Destellaban los blancos dientes:

—El señor Paulovic le pide que espere en la biblioteca. Vendrá en unos minutos.

—¿Es que tiene compañía?

—No —pero titubeó antes de negarlo.

—Entonces me reuniré con él.

Y Dixon cogió el candelabro, yendo hacia el cuarto de la otra esquina. Ella no protestó, pero tampoco le siguió. Llamó Dixon en la puerta, y no recibiendo invitación, giró el pomo y entró.

Había otras dos puertas más conduciendo a aquella habitación. Paulovic se sentaba entre ellas, en una silla de alto respaldo, tras su mesa despacho.

Una pantalla verde estaba a su lado. Rutilaba el diamante del anillo en su mano derecha. Tenía el rostro en penumbra. Colocando el candelabro sobre la mesa, saludó Dixon:

—Buenas noches, Paulovic.

Era un hombre de mal genio. No contestó. Apremió Dixon:

—Tengo prisa. Me queda un largo viaje de vuelta.

Las palabras parecían vacías de sentido en la silenciosa habitación, y se dio cuenta Dixon de pronto que estaba hablando en vano.

Alzó la pantalla. Y comprendió porqué Ian Paulovic estaba silencioso. Su cabeza se reclinaba en el alto respaldo. Y sacaba la lengua. Saltones los ojos. El alambre habíase hincado tan hondo en torno a su garganta, que apenas era visible.

Waldo Dixon permaneció unos instantes como paralizado. Y las dos puertas laterales se abrieron, entrando varios individuos, esgrimiendo armas.

El más delgado de ellos, exclamó en un inglés gutural:

—¡No se mueva! ¡Vosotros, cogedle!

Waldo Dixon dio media vuelta, disponiéndose a escapar. Pero bajo el otro dintel, estaba la mujer que le había recibido. Sonreía, muy brillantes ojos y dientes.

Empuñaba un pequeño revólver encañonándolo al rostro de Dixon, que dijo:

—De acuerdo, de acuerdo. Usted gana, muchacha.

Y a la vez, encorvándose, se abalanzó, apoyando una mano en el hombro de la mujer, empujándola de forma que fuera a chocar contra el primero de los que avanzaban.

Corrió, atravesando el vestíbulo. Seguro que la puerta estaría cerrada. Subió las escaleras a saltos. Por el reflejo lunar vio una serie de pasillos en el rellano.

Abrió la puerta más cercana, deslizándose al interior de una habitación a oscuras. Tanteó el paño, pero no habiendo llave se reclinó contra la puerta.

No oía nada. Solo los latidos de su corazón. Entreabrió levemente la puerta. La luna iluminaba en sesgo el pasillo. Un hombre avanzaba sobre la punta de los pies. De su diestra colgaba el largo cuchillo como una estalactita.

Otro acudía desde un pasillo lateral. Se detuvieron a susurrar. Los cuchillos brillaban verdosos a la luz de la luna.

Empujando suavemente la puerta, pensó Dixon en que no eran policías, ya que esgrimían cuchillos. No querían disparar para no llamar la atención ni se atrevían a encender las luces.

Llegó Dixon a la ventana. Hasta el suelo, era un salto de unos siete metros. No estaba dispuesto a romperse el cuello.

Volvió a entreabrir la puerta. El corredor estaba desierto. Salió, y tanteando la pared avanzó sobre la punta de los pies. Oía en el piso alto, el rumor de unos sollozos femeninos.

A cuatro pasos, una ventana enmarcó la silueta de un hombre, luciendo en la diestra el cuchillo. Saltó Dixon por la espalda, atenazando la garganta con su antebrazo.

Podía sentir el resalte de las cuerdas vocales del que intentaba gritar. Era un hombrón, que taconeaba. Atrajo más Dixon hacia sí. El cuchillo rasgó lateralmente un faldón de la canadiense.

Dixon describió un cuarto de vuelta, y chocó la cabeza del otro contra la pared. Cayó el cuchillo. Se oían pisadas acudiendo.

Abrió Dixon la ventana, saltando al exterior. Cayó sobre el tejado del pórtico. Tras él alguien llamaba suavemente. Se aproximó al borde del tejado.

Por la ventana abierta un busto se asomó. Dixon crispó las manos al borde del tejado, y se descolgó perneando. Fue avanzando

cogido por las manos, siempre perneando, hasta que percibió el grosor de una columna. La enlazó con las piernas y fue abrazándose en desliz hacia abajo. Pero abajo esperaba otro, mirando hacia arriba, preparado su cuchillo.

Apartó Dixon una pierna, plantando el tacón en el rostro del que aguardaba, que emitió un gruñido doliente. Flexionando las rodillas, vio Dixon al aterrizar que acudían otros tres corriendo.

Embaló hacia los árboles. La hierba susurraba tras sus pasos, revelando también que los otros pisaban corriendo. Tropezó Dixon en una raíz, y se extendió a lo largo en su caída.

Los perseguidores pasaron a unos cinco pasos, lanzados en su carrera. Se detuvieron a unos diez metros, susurraron y volvieron atrás. Waldo Dixon siguió tendido.

Y pasaron largos minutos, de rumores de pisadas por la hierba, susurros. Una eternidad transcurrió hasta que cesó todo rumor.

Se incorporó, pero manteniéndose encorvado, fue avanzando a tientas hasta palpar una alambrada. Gruesas nubes corrían por el cielo, ocultando la luna.

Asiendo un poste, se encaramó Dixon rezando para que no sonara ningún aparato de alarma. Saltó al otro lado. Estaba al borde de la carretera. Le dolían las manos, las rodillas y los pulmones, pero estaba a salvo, de momento. Le habían esperado en casa de Paulovic. Seguramente los mismos que habían matado a Gardoni, y maltratado a Giana.

Había farolas cada veinte pasos aproximadamente. Se acercaba una silueta. Un uniforme gris plata, con galones grana. Un policía yugoeslavo. Era una oportunidad, pensó Dixon, para llegarse hasta el coche, donde estarían esperándole los que habían colocado el alambre en torno al cuello de Paulovic.

El policía era alto, huesudo, de unos treinta años. No parecía mala persona, meditó Dixon, aunque sus ojos claros fueran recelosos. Todos recejaban en aquella región. El policía, apoyándose las manos en las caderas, escrutó a Dixon a dos pasos. Dijo algo que Dixon no entendió, limitándose a sonreír, mientras preguntaba:

—¿Habla usted italiano?

Asintió, y Dixon expuso:

—Escuche, me he extraviado. Vine a visitar al señor Paulovic. No estaba en casa, y dejé mi coche en la calle lateral, pero no puedo dar con ella. ¿Tiene la bondad de ayudarme?

El policía señaló con la mano.

—Seguida a la izquierda, primera a la derecha.

—Ya intenté esta dirección, pero me perdí. Le estaría muy

reconocido, si quisiese acompañarme.

—¿A quién visitaba?

—Al camarada Paulovic, secretario de Agricultura.

—Deme su pasaporte.

—Eso es lo malo. Lo dejé en mi coche.

El policía alargó la zurda cogiendo por un brazo a Dixon.

—Vamos.

Dixon se dejó conducir. Abandonando la carretera iluminada, ya no había luces. Preguntó el policía:

—¿Qué asuntos tiene usted con el camarada Paulovic?

—Suministros agrícolas.

—Ya.

Viraron otra calle, y le soltó el brazo, para sacar una linterna, enfocando con su luz el coche. No había nadie a la vista. Dijo el policía:

—Ya encontró su coche. Buenas noches.

Se disponía a irse, pero Dixon le llamó:

—¡Espere! Agradezco su ayuda, pero cumpla con su deber. Mi pasaporte está en el coche.

—Vamos, pues, a verlo, ya que insiste.

Waldo Dixon abrió la portezuela. Y un hombre encorvado en el interior, encañonó su revólver.

De la cuneta surgieron otros dos. Llevaban matracas. Y el policía cayó como un tronco. Se revolvió Dixon intentando evitar el golpe. La matraca le chocó a un lado del cráneo.

Desde el asiento posterior del coche, se alargó el brazo con el revólver asestando un diestro culatazo.

Waldo Dixon se sumió en la completa inconsciencia.

CAPÍTULO VII

Una voz dijo:

—Un poco más.

El «slivovic» se escurrió por la garganta, quemándole. Una bebida fuerte, con olor a barniz. Otra voz comentó:

—Ya vuelve en sí.

Alzó Dixon los párpados. La luz le penetró por las pupilas hasta el pescuezo. Bajó la cabeza, pero una mano, cogiéndole del cabello, le hizo golpear la nuca contra una superficie de madera.

La primera voz dijo calmadamente:

—Ya está bien despabilado. Y siga así. Abra los ojos.

La mano que así por los cabellos empujó, y de nuevo la nuca de Dixon chocó la madera. Abrió los ojos deslumbrado, preguntando:

—¿De qué se trata?

Y reclinó la cabeza contra la madera, para evitar otro toque. La mano le había soltado el cabello. Miró hacia abajo. Estaba atado desde los codos hasta las manos al respaldo de una silla. Una silla cómoda.

La identificó, así como la habitación. Era donde solía recibirle Paulovic. Otra mano le abofeteó, mientras la calmosa voz anunciaba:

—Ya sabe de qué se trata. Ahora puede decirnos quién es usted. Durante semanas ha sido un misterio usted. Empezar por darnos su verdadero nombre y nacionalidad.

—El policía telefoneó a comisaría antes de acompañarme al coche. Sus colegas vendrán de un momento a otro.

Otro bofetón. Era como estar en medio de fantasmas tras un foco.

La voz dijo:

—El policía estaba de ronda, y no telefoneó. Solo informa a las siete de la mañana, cuando el relevo. No pudo telefonear porque por los alrededores no había teléfonos, y porque usted no le habría pedido que telefonease. Su deseo de permanecer incógnito es tan grande como el nuestro. Nombre y nacionalidad.

—Waldo Dixon, natural de Texas.

—Pues sí que ha recorrido camino. ¿A qué se dedica?

—Vine para trabajar en la prospección de petróleo en Sicilia. No había. Y decidí visitar Italia. Conocí a un tal Riker en un bar de

Roma, y acepté trabajar por su cuenta.

—¿En qué?

Ya había reconocido Dixon la voz calmosa. Replicó:

—Lamento haber vomitado en su cesta de papeles esta noche.

—Más lamentará si no contesta como es debido a las preguntas.

Zaro Felini apareció en el círculo luminoso. Sus ojos tenían el habitual destello amable. Sonreía como un diplomático tolerante.

—Dixon, está usted en peligro por culpa de Riker. Y Riker no vale la pena. Ha perdido. Voy a hacerle una oferta decente. Cuente usted lo que sabe y le daremos la oportunidad de ponerse a nuestro lado. Piense.

—Primero quíteme este faro de los ojos.

Felini chasqueó los dedos. El foco se apartó y tras contemplar unos círculos amarillos, colorados, azules y negros... recobró Dixon su visión normal.

Miró en torno. No había rastro ni del policía ni de Paulovic. La muchacha que le había recibido estaba allí. También Felini, con otros seis. Hombrones. De aspecto normal casi aburrido.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Dixon.

Sentándose al borde de la mesa, replicó Felini:

—Un resumen de lo que contiene el Sobre Seis.

—Paso. Haga otra pregunta.

Felini asintió. Y el canto de una mano golpeó sobre la oreja derecha de Dixon, que cerró los ojos dolorido. Le asieron por los cabellos, obligándole a alzar la cabeza.

Sobre la mesa había una vela encendida.

—No estamos jugando, Dixon —advirtió Felini—. Son cerca de las dos. Nos quedan solo cuatro horas. Tiene que hablar y pronto. ¿Sabe lo que significa esta vela encendida? ¿Sí, verdad? Entonces, coopere. Duplico todo lo que le haya podido ofrecer Riker, a cambio solo de una respuesta: ¿Qué significa el Sobre Seis y a quién va dirigido?

—No tengo la menor idea.

Felini emitió un lengüeteo de fastidio. La muchacha avanzó mostrando unas tenacillas. Dijo:

—Me avergonzó y tengo una cuenta personal con él.

Felini alzó una mano, atajándola. Y dijo gentilmente:

—Que usted sea incorruptible, Dixon, es de admirar, y por eso esta noche en Ribaldi no llevé más adelante mi intento de soborno. Pero ahora su lealtad me molesta. Riker intenta hacerse con el mando de esta nación, imponiendo un régimen de terror. Por eso no sentimos el menor escrúpulo en traicionarle en el momento final,

que es ahora. Durante meses he trabajado con él, pero dándome cuenta de que era un déspota. Yo no lo soy. Le conviene a usted estar a mi lado.

—Yo solo estoy a mi lado. Hágame preguntas que pueda contestar.

—¿Cuál es la dirección?

Waldo Dixon sacudió la cabeza:

—Ni idea.

—Le facilitaré las respuestas, Dixon. ¿Quién le acompañaba esta noche?

—Un italiano, que recogí en Venecia. No sé cómo se llama. Pero necesitaba dinero...

Un puño avanzó. Dixon amortiguó el puñetazo echando la cabeza a un lado. El hombrón retrocedió para ensayar el segundo con más acierto, pero Felini chasqueó los dedos:

Dixon sabía ya quién había golpeado a Giana. Hubiese deseado tener las manos libres, pero no las tenía. Sonrió con ganas de morder:

—La rubia era una mariposa de noche que recogí en Trieste. Yo creía que era su novio quien la había apalizado.

Rio Felini:

—¿Oyes, Holmes? Te tomó por el novio de la rubia. Dígame, Dixon, ¿dónde estaba usted mientras la rubia sufría?

—Visitando a un tal Hamiz.

La respuesta sorprendió a Felini, que rio sinceramente. Los otros, mirándole, corearon su risa.

—¡Hamiz! —exclamó Felini, riendo aún—. ¡El pobre fanfarrón! —y cesó de reír, apretando los labios.

Los otros se pusieron repentinamente muy serios. Añadió Felini:

—No es tonto Riker. Confío la segunda parte del Sobre Seis a un asno como Hamiz. ¿Quién lo habría sospechado? Me quita un gran peso, pensar que mi único rival es Hamiz. Lo barreré.

Y rio de nuevo. Los otros le acecharon, mientras le imitaban.

—Bien, bien, Dixon. Me trae buenas noticias. Prosiga. ¿La dirección?

—¿Qué dirección?

—Vamos, vamos... Paulovic no quiso tampoco decirla. ¿Se fijó en sus manos? Muy estropeadas. Ahórrese el sufrimiento.

—¡Es que no sé de qué dirección se trata!

Felini chasqueó el dedo medio contra el pulgar. La muchacha se movió. Las mandíbulas de las tenacillas sostenían una aguja que aproximó a la llama de la vela. La aguja fue ennegreciéndose.

—¡Un momento! —clamó Dixon—. Si me dice de qué dirección se trata, tal vez sepa algo.

—¿De veras? —inquirió Felini gentilmente. Y alargando el brazo aplicó un seco bofetón—. Le consta que solo hay una dirección. Dígala o se la extirparemos.

—¡Espere! ¡Si no sé nada...!

El hombrón que había recibido el taconazo en el rostro, le cogió por el cabello. La muchacha se acercó sonriente. Era experta. La aguja se internó bajo la uña del dedo medio.

Waldo Dixon, para no chillar, escupió. La mujer, retrocediendo, se pasó la manga por el rostro. Había dejado la aguja. Felini sonreía gentilmente.

—Admirable. Paulovic chilló desde un principio. No sea idiota, tejano. De nada le sirve el estoicismo. Cuanto más terco, más agujas. Cuando Kristin le decore cada uña con una aguja, si sigue usted bravo, Kristin le irá extirpando uña tras uña. Le aseguro que es horrible.

—Acérquese un poco, Felini —silbó Dixon.

—Gaste saliva solo en una respuesta. ¿Cuál es la dirección?

—¡Maldito sea! ¡No la sé!

Otra vez asido de los cabellos, un susurro de faldas, y la segunda aguja penetró. Un coro de bajos entonó una vigorosa canción dentro del seso de Dixon. Acompañándola con tambores y platillos.

Después fue oyendo la voz de Riker. Muy lejana:

—«Suministros agrícolas Traiga el pedido. Lo mandaré al Bulevar...»

—¡Bulevar Zircov! —chilló Dixon—. ¡Sáquenme estos condenados pinchos!

Zaro Felini batió de manos como un muchacho entusiasmado. Bailó un poco como en un vals lento. Y aproximándose quitó las dos agujas, tirándolas al suelo.

Después mesó el cabello de Dixon, le palmoteó una mejilla, y dijo afectuosamente:

—Mi buen Dixon, bravo tejano, siempre te recordaré con gratitud.

Se volvió hacia los otros, con las manos en alto como un predicador.

—Listo el señor Riker. En el Bulevar Zircov, de la ciudad de Zagreb. La revolución empezará, pues, bajo la bandera del eterno ideal, la libre Croacia.

Dio otra media vuelta, enfrentándose con Dixon:

—Pobre Riker, que por su mediación me ha dado las riendas.

Puedo dar ya las órdenes a las seis de la madrugada. Llevaré la dirección. Mi voz dará las órdenes, alzando al populacho en rebelión. Mi mano firmará el manifiesto. ¿Y el pobre Riker? Seguirá esperando en Venecia el momento de efectuar su triunfal entrada en un caballo blanco, ¡Y esperará hasta el día del Juicio Final! Porque la mano que firmará el manifiesto, la mano directora, será la mía.

Lanzó una carcajada prolongada. Kolmen se reclinó contra la pared, riendo tan fuerte como los demás. Felini miró su reloj, y chasqueó los dedos.

Cesaron las risotadas.

—¡Coche a Zagrab! ¡Teléfonos! Nos quedan menos de entro horas. Tenemos que estar unidos a las seis exactamente. Kristin, tú conduces mi coche. ¡Kolmen, Vroiko! Os quedáis custodiando al policía:

Waldo Dixon intervino:

—¡Ey! ¿Y qué pasa conmigo? Usted ya ha conseguido vencer a Riker. Creo que lo menos que me merezco es ser nombrado Secretario de Propaganda.

—Aprecio su humorismo, señor tejano, y le aseguro que en mi corazón conservaré un rinconcito cordial para usted, siempre...

—¿Flores en mi tumba cada año?

—Si Kolmen y Vroiko realizan limpiamente su trabajo, con lo que quede de usted, Dixon, no se podrá llenar una fosita. Este en su destino: la fosa.

Sonriente, alzó una mano:

—Adiós, tejano. Gracias por su ayuda. Adiós.

Waldo Dixon, sabedor de que estaba perdido, quiso al menos sacar una postrera satisfacción. Llamó:

—¡Un momento, Felini!

Zaro Felini se detuvo dando media vuelta. Dixon saltó, con la silla atada a su espalda. Como una tortuga embistiendo. Ladeó la silla, cuyas patas chocaron contra Felini, que gimió saliendo proyectado hacia la pared. Kolmen y Vroiko estaban ya junto al que pretendía dar otra vuelta. Golpearon a la vez, y Waldo Dixon cayó satisfecho. Había oído gemir a Zaro Felini.

CAPÍTULO VIII

Se oyó roncar, y despertó bruscamente, intentando sentarse, pero no podía. Sacudió la cabeza, y quiso frotarse la cara, pero tampoco podía. Después pensó que estaba atado a la silla, y venían más agujas...

Abrió los ojos. Del techo pendía una bombilla, y estaba tendido en el suelo, manos atadas a la espalda, y unidos los tobillos por otra cuerda. Confusamente se miró los pies.

Seguía calzando los zapatos.

El silencio era total, pero olfateó humo. Ladeó la cabeza. Aquello era una bodega, con estantes alineando botellas. Junto a una mesita, se sentaban Kolmen y Vroiko fumando en pipa.

Entre los dos había un tablero de ajedrez, y una automática. Jugaban con mucha concentración. Dixon flexionó los músculos, probando las cuerdas. Eran sólidas. No había modo de aflojarlas.

Ladeó la cabeza en la otra dirección. A pocos metros yacía el policía, encogido y atado. En la esquina, estaba el cuerpo de Paulovic con aspecto de un fardo de ropa.

El policía miraba a Dixon. Se movieron sus labios. Y también sus hombros señalando hacia atrás. Dixon consiguió ponerse de costado.

—«¡Joáá!» —exclamó Kolmen asiéndose el mentón. Seguramente Vroiko acababa de poner en peligro su rey.

De costado, avanzó Dixon unos centímetros. Sudaba. El policía parecía estar a medio kilómetro. Gruñó Kolmen:

—Jaque dama.

Empapado desde la nuca a los tacones, Dixon pestañeó jubiloso. Tocaba de espaldas con las del policía. Palpando colocó sus muñecas atadas contra los dedos del policía.

Los dedos tocaron el nudo. Dixon cerró los ojos, ansiosamente...

—¿Qué te parece? —decía Kolmen.

—No está mal, pero aún no hemos acabado —replicaba Vroiko.

—No hemos acabado, pero estos dos por fin se unían —y estalló Kolmen en carcajadas.

Avanzaron los dos, riendo muy divertidos. Los dedos del policía se movieron frenética, pero inútilmente. Se apartó Dixon.

Vroiko asestó un puntapié en la espalda del policía. Kolmen apartó los ojos. Vroiko iba dando puntapiés. Dixon dobló las piernas

y las distendió.

Sus pies chocaron con la parte interior de las rodillas de Vroiko, que cayó sentado. Kolmen rio muy divertido. El policía rodó sobre un costado, apartándose.

Vroiko se levantó, y sacudiendo los fondillos, dijo:

—Vaya, hombre, con el gracioso ese. Voy a darte tu ración.

Kolmen dejó de reír:

—No le marques. Déjale.

—A ti no te va ni te viene.

—Sí que me va.

—De todos modos estará muy estropeado cuando termine su viaje.

—Yo vi un accidente de coche, y el que murió tenía el cuello roto, pero nada de marcas.

—¿Sí? —y Vroiko asestó un puntapié en las costillas de Dixon, que se encogió.

Kolmen dio un empujón a Vroiko.

—¡Basta ya! Daré parte. Escucha, Vroiko, tenemos órdenes, y hemos de cumplirlas a rajatabla. Si el tejano tiene que pasar la frontera a cierta hora, la policía esperará por él. No tiene que haber alarmas prematuras. Tenemos que estar seguros que lo encuentren como nos han ordenado.

Se miraron unos instantes, fijamente. Después, Vroiko contempló a Dixon:

—¿Sabes dónde estarás, tejano? Te despeñaremos con tu coche por la montaña. A lo mejor arde este, y te freirás. Bueno, Kolmen, acabemos la partida.

Consultó Kolmen su reloj.

—El jefe dijo que esperásemos media hora. ¿Recoges a Paulovic?

—Llévalo tú. Cuando vuelvas, te llevarás al policía. No te des prisa. Quiero cobrarme de este policía lo que me hicieron los suyos. A ese no importa que se le vean marcas.

Sacó Vroiko su cuchillo, y el policía se movió, hasta lograr quedar sentado contra la pared. Dijo fríamente:

—Ya debería estar en mi comisaría. Darán la alarma cuando no aparezca.

—Nada de cuentos —rebatía Kolmen—. Hemos comprobado durante tres meses los movimientos de todos los policías de la vecindad. Nadie le espera antes de cuatro horas.

Kolmen fue al rincón, e inclinándose, se cargó al hombro a Paulovic. De las colgantes manos, faltaba el diamante. Brillaban las agujas, dando la impresión de que el cadáver era el de un mandarín

chino.

Kolmen caminaba con lentitud, pero sin dificultad. Desapareció con su carga macabra por entre las filas de las botellas.

Vroiko se inclinó sobre el policía. Tenía la nariz hinchada, de resultas del taconazo de Dixon. En su zurda lucía el cuchillo.

—Pronto seguirás a Paulovic. Le caerás encima dentro del mismo pozo. Hay sitio sobrado. No te encontrarán hasta que no huelas a podrido.

El policía ladeó la cabeza, y dijo cansinamente:

—Haz lo que tengas que hacer, y acaba pronto.

Vroiko apoyó la abierta diestra contra la sien del policía, obligándole a mantener la cabeza ladeada. Gruñó:

—A mi hermano le hicieron una pequeña operación. Sí, ya la conoces. La llamáis «ir al dentista».

El policía intentó alzar las dos rodillas, pero Vroiko se arrodilló sobre sus piernas, manteniéndole la cabeza contra la pared. Jadeó:

—Ya conoces la rutina —y la punta del cuchillo arañó la mejilla—. Si abres la boca, pierdes la lengua. Si te mueves, te puede saltar un ojo. Bueno, ¿por cuál empiezo? ¿Por tu muela del juicio?

La garganta del policía emitió un gorgoteo.

Waldo Dixon había conseguido arrodillarse. Embistió, pero Vroiko le había visto y su puño golpeó en la frente. Dixon cayó de espaldas, Vroiko se abalanzó.

Por el suelo rodó Dixon, tratando de rehuir los pies. Eran cuatro pies los que bailaban cerca de su cabeza, y por fin, se inmovilizaban más allá, mientras Kolmen jadeaba:

—¡Estúpido! Me vas a meter en un apuro, si marcas al tejano.

—Este bastardo me taconeó la cara. Y voy a liquidarlo, como al otro.

—¡Tú obedeces las órdenes como yo!

Vroiko dio un empujón, y Kolmen salió proyectado hacia la mesita, que derribó con el tablero del ajedrez. Su mano palpó por el suelo, empuñando la automática, y llamó:

—¡Vroiko!

Vroiko estaba inclinándose sobre el policía, que tenía una brecha en la mejilla, sangrando profusamente. Volviéndose, Vroiko se quedó rígido.

Después de un largo silencio, alzó los hombros.

—Se acabó. Admito que perdí el buen sentido. ¿Qué quieres que haga ahora?

Kolmen miró su revólver casi con pena, antes de guardarlo en su bolsillo.

—Coge al policía. No nos sobra el tiempo. Tenemos que irnos ya. Quiero estar en el Bulevar Zircov cuando llegue el gran momento.

—Yo también —asintió Vroiko.

Volvió a inclinarse, y su grito de aviso llegó tarde.

Una silueta surgía de la penumbra entre las hileras de botellas. Bajó Kolmen la mano hacia su bolsillo, dando un cuarto de vuelta.

Un puño enorme le golpeó de lleno en la nuca y cayó como un saco vaciado.

Vroiko seguía aún lanzando su grito de aviso, mientras hundía la diestra en el bolsillo, interior de su chaquetón.

Dixon y el policía rodaban por el suelo.

El balazo acudió desde las hileras de frascos.

Penetró en la frente de Vroiko, tumbándole de espaldas. Permaneció inmóvil.

Y la silueta que acababa de disparar, apareció a la luz, con mueca jovial.

A Waldo Dixon nunca le pareció nadie tan hermoso como el feo y sonriente Luigi.

CAPÍTULO IX

Llevaba el impermeable mojado, e iba descalzo, dejando huellas húmedas en el suelo, al avanzar diciendo:

—¿Estás bien, Texy?

—Estupendo.

Luigi se inclinó para tantear los nudos, diciendo:

—Mal viaje. Llueve a chorros, y tuve que robar una «bici» de un establo, para venir pedaleando. Tengo agujetas en los fondillos. ¡«Porco maladetto»! ¿Fue un marinero el que te ató?

—Corta los nudos. Uno de esos dos tiene cuchillo.

—«Okey», Texy.

Presionó Dixon el rostro contra el frío suelo. A su espalda, regresando, Luigi empezó a serrar las cuerdas, mientras comentaba:

—Fui al sitio donde de costumbre aparcamos y no había nada. Me acerqué a la casa y vi el coche en la alameda opuesta. Iba a meterme en el coche para esperarte, cuando de la casa salió gente, se metieron en el garaje y salieron pitando en dos coches. Me pareció raro, y decidí explorar. Palpé puertas y ventanas, pero todo cerrado. Estaba pensando qué ventana me iba a cargar, cuando salió este tipo llevando un fiambre al hombro. ¿Sabes lo que hizo, Texy?

—No.

—Tiró el fiambre en una especie de pozo. Cuando volvía hacia aquí, le seguí. Y os vi a los dos amarrados como salchichas.

Libres las manos, se frotó Dixon las piernas, sentándose.

—Llegaste justo a tiempo. Estoy seguro que le diste un alegrón al policía.

—¿A quién? —se atragantó Luigi.

—A mí —replicó el policía. Y adelantó la diestra, que empuñaba el revólver de Vroiko—. Tira al suelo tu arma. Y vuélvete. Los dos quedáis detenidos. ¡Manos arriba! ¡Vamos!

Luigi permaneció unos instantes encorvado. Dejó su revólver en el suelo y se lamentó:

—No debí soltar a este cerdo. Yo creí que era de los nuestros.

Se levantó Dixon. El policía retrocedió dos pasos, encañonando. La parte inferior del rostro le relucía como una máscara roja.

—Tú, tejano, coge cuerda y ata a Kolmen.

—Mi amigo le sacó de apuros, ¿no? Si está vivo, es gracias a él.

—Coge la cuerda.

—¡Cógela tú con los dientes, piojoso Yugo! —exclamó Luigi, exasperado.

Dixon miró al suelo. El otro revólver estaba a la derecha de su pie. Pero antes de poderlo recoger estaría muerto. Se vio los zapatos y sonrió:

—Escucha, compañero, no nos has visto. Nos vamos de tu tierra y no volvemos más. Nadie sabrá cómo te hiciste rico esta noche.

—Yo tenía mis sentidos cuando les vi registrarte. En tu bolsillo había cincuenta mil «dinars». Mi sueldo mensual es de sesenta mil. Vamos, coge la Cuerda.

—La fortuna no está en mis bolsillos, sino en mis zapatos.

—Muy interesante —replicó el policía—. Ata a Kolmen, o disparo.

Kolmen se incorporó sobre un codo, y apretó el gatillo. El policía se agachó y hubo una serie de estampidos. Los frascos de vino estallaron.

El policía seguía disparando, pero hacia el techo. Tras él, Luigi le aferraba el brazo derecho y el cuello.

Kolmen yacía quieto, abierto el cráneo. Dixon se levantó del suelo. Luigi forzaba la diestra del policía a dirigirse el cañón contra la sien y apretaba la mano, pero el gatillo repicaba en vacío.

Luigi soltó la mano, y cerrado el puño golpeó en la nuca. El policía se abatió de bruces. Inclinado, resolló Luigi:

—Ahora me cargo a este bandido.

—No, Luigi. Átale las manos.

—Pero dará el soplo.

—Nos lo llevamos.

El olor a vino desparramado era fuertísimo. Se inclinó Dixon para atar las muñecas del policía. Luigi se iba. Pero reapareció llevando en las manos sus zapatos, que fue calzándose. Dijo:

—Nadie a la vista. Este sitio es a prueba de estampidos. Déjale aquí, colgado de cualquier viga, Taxy.

Dixon se cargó al hombro el policía sin sentido.

—Lo dejaremos por el camino. Vamos, Luigi.

Luigi hizo una mueca, y sin esfuerzo cogió al policía pasándoselo a su hombro. Le siguió Dixon, guiándose por el crujido de sus zapatos. Subieron unas escaleras y salieron al exterior oscuro.

Seguía lloviendo. Luigi descargó el cuerpo entré el asiento posterior y el respaldo. Y pasó al volante. Dixon cubrió al policía con la alfombrilla. Embragó el coche, y alcanzando la carretera,

suspiró Luigi:

—Ya ves, Texy. Volví a tu lado.

—Y me alegra mucho. Créeme. Pero es mejor que no hablemos de ello.

—Tengo que hablar. ¿Sabes por qué hice lo que hice allá en la montaña?

—Lo adivino Pero ya volvemos a ser amigos. Cierra la boca y vigila la carretera. Escucha, compadre. Sigo llevando los zapatos. Va en contra de mis principios, pero si quieres para ti un zapato, yo me quedo con el otro y nos esfumamos.

—No, no. Ya no.

—Gracias. Si llegamos vivos a Venecia, me pagan diez mil dólares. Cinco mil serán tuyos.

—Eres un buen amigo, sí, señor... El mejor amigo que nunca he tenido.

Y Luigi se pasó el dorso de la zurda por los húmedos ojos.

Pensó Dixon que ya podía confiar en Luigi. Volvía a ser el Luigi sentimental de siempre. El Luigi que era antes de que Marion Leonard le hincase las bellas uñas.

—No nos pongamos tiernos, Luigi. Acelera, que tenemos que recoger al muchacho en Grazba, y dejar a este polizante en cualquier cuneta.

La carretera iba ascendiendo, y en una vuelta, empujó Dixon al policía hacia fuera. Cerraba la portezuela, cuando Luigi dijo:

—¿Por qué no le tiraste por un precipicio, hombre? ¿Y si lo encuentran?

—Ya no hay tráfico a esta hora.

Se palpó Dixon la cabeza en los sitios doloridos. Dos dedos parecían continuar luciendo agujas. Miró su reloj. Las tres y media. Yvor se habría ido ya.

Al cabo de cierto tiempo, dijo:

—Dentro de unos minutos estamos en Grazba. A poca marcha cuando nos acerquemos al monumento del guerrillero.

—¿Y si el chico no está?

—Esperaremos.

Pasaron la calle principal de Grazba. No había luces. Cuando percibieron la masa rocosa del monumento, dijo Dixon:

—Lento ahora.

Y de pronto, una silueta se destacó del monumento. Venía como un fantasma. Dixon murmuró aliviado:

—Buen muchacho, buen muchacho.

Abrió la portezuela, y el que se aproximaba jadeó en italiano:

—Sigan sin parar.

Alargó Dixon la mano cogiendo un puñado de camisa, y atrajo. El muchacho entró en el coche, y su cabeza se posó en un hombro de Luigi.

—Celebro conocerle, señor Dixon —y su voz era agónica—. Soy Yvor.

—¿Herido?

—Solo entumecido. ¿No puede acelerar más? Quiero salir pronto del país.

—Y yo también —gruñó Luigi, pisando el acelerador.

El muchacho seguía inclinado sobre el respaldo. Dijo Dixon:

—Dale a los faros, Luigi.

—Cuando salgamos del pueblo.

—No importa —dijo Yvor—. Toda la gente duerme.

Dixon alargó la mano, encendiendo los faros. Pero tarde. Las ruedas chocaron con algo, pasando sobre un cuerpo. Luigi frenó bruscamente. De atrás surgieron clamores de dolor.

Se encendieron luces en la casa a la derecha. Luigi murmuró:

—¡Dios mío! ¡He atropellado a alguien!

—¡Siga, siga! —gritó Yvor.

Horrorizado, tembló Luigi:

—He atropellado a una criatura.

Y abriendo la portezuela, se dispuso a bajar. Un grupo de gente venía corriendo. Yvor cogió por un hombro a Luigi:

—¡Por favor! ¡Vayámonos antes que lleguen!

—He matado a una criatura —sollozó Luigi.

Y bajó, alejándose corriendo. Yvor murmuró:

—Estamos perdidos.

—¡Vamos, escóndase!

Y empujando, Dixon obligó al muchacho a tenderse encogido.

Bajó del coche, cerrando. Avanzó hacia el grupo de gente y miró al suelo. No tuvo ni fuerzas para reír. Había una linterna iluminando el cuerpo atropellado de una cabra.

Luigi decía:

—Una condenada cabra yugo. Una cochina cabra que me ha pegado el susto padre. Vámonos.

Pero un hombrón, colocó su mano en el brazo de Luigi, diciendo:

—¿Dónde ir tú?

—Fuera las manos, cabrero —gruñó Luigi.

Alzaban una linterna, iluminando a Dixon y a Luigi. Este bajó el puño, y el que le retenía por el brazo, lo soltó llevándose la mano

dolorida a los labios.

—¡Italianos! —decía una mujer.

El que se estaba lamiendo la mano, la apartó y dijo:

—Nos han sacado de la cama un poco antes de hora, pero no importa. Vamos a darles la recepción adecuada.

Dijo Dixon:

—Siento lo que ha pasado. Pagaré por la difunta cabra, amigo.

—Hablas muy bien nuestro idioma. Tal vez lo aprendiste en la guerra. O a lo mejor lo aprendiste para la próxima.

Y de pronto, asestó un puñetazo inesperado, que blocó Dixon con el hombro, hincado a la vez su puño en el estómago del que, doblándose, gimió; Revolviéndose, Dixon esperó otra acometida.

El grupo era ya una masa aullante, atacando. Luigi se debatía con la misma energía que Dixon, pero ambos rodaron por el suelo.

Y de pronto, restalló un disparo. Los aldeanos se quedaron quietos. Una linterna iluminó el uniforme gris plata con galones granas.

Poniéndose en pie, Dixon pensó que tenía razón Luigi. Habría valido más despeñar al policía. Pero respiró aliviado. No era el policía de la bodega.

Era un policía de corta talla, gordo y de rostro casi mongólico. Que preguntaba cortésmente:

—¿Qué sucedió, señor? ¿Tiene la bondad de explicármelo?

Tres o cuatro aldeanos empezaron a hablar a la vez. El policía chilló:

—¡Silencio todos! —y volviendo a sonreírle a Dixon, añadió—: Explíqueme, señor.

—Fue culpa mía. De regreso de Libijana, donde he visto al señor Paulovic, tenía prisa y le dije a mi chofer que acelerase. Una cabra saltó a la calle, sin que mi chofer tuviera tiempo de maniobrar.

El policía declaró, con solemnidad:

—Lo comprendo perfectamente, y pido excusas. La culpa es de quien dejó suelta su cabra.

—Pues, ¿y dónde las dejamos siempre, sino en la calle? —protestó el amo de la cabra.

El policía le miró fieramente, hablando con dureza:

—Te prevengo contra la insolencia ante autoridad, camarada. Os advierto a todos vosotros que habéis actuado como campesinos sin cultura. Si el camarada extranjero lo pide, puede haber represalias.

—Quiero pagar por la cabra —afirmó Dixon, solemne.

—¡No faltaría más, señor! La culpa no es de usted. Estamos educando al pueblo pero hay algunos campesinos duros de mollera.

Mentalmente, viven con quinientos años de retraso, señor —y encarándose con el grupo de aldeanos, decretó desdeñoso—: ¿Dónde se ha visto que las cabras anden sueltas por las calles?

Agitó el revólver para acompañar su discurso vibrante:

—Los engranajes del comercio floreciente ruedan ya, y nuestra patria será pronto la admiración del mundo entero. Grandes naves zarparán de nuestros puertos. Nuestros aviones sombrearán con sus alas todo el Universo. Construiremos grandes carreteras para que flotas de camiones transporten nuestras mercancías hasta las más lejanas fronteras —y agotada su inspiración, añadió en tono lastimero—: O sea, que id pensando que se acabaron las cabras paseando por las calles. Y los asnos...

Dixon tenía prisa. Veía que Luigi, que no entendía el idioma, se estaba poniendo nervioso. Preguntó:

—¿Qué debo hacer, señor policía?

—Si desea presentar una reclamación oficial...

—¡Oh, no! Tengo prisa por llegar a Trieste. El camarada Paulovic desea que sus órdenes sean cumplidas pronto.

—Naturalmente, señor —y enfundando su revólver, el policía señaló hacia el coche—. Le doy escolta, señor.

Caminando, expuso:

—Espero, señor, que podrá perdonar a mis compatriotas. Si un campesino tiene una sola cabra...

—Quiero pagar por ella.

—No, señor. El gobierno se cuida de compensar.

Luigi se colocó tras el volante. El policía iba a abrir la portezuela posterior, pero se anticipó Dixon abriendo la delantera, diciendo:

—Me siento junto a mi chofer. Y gracias por todo, señor policía.

El policía se cuadró marcialmente:

—Buen viaje, señor.

El coche salió embalado. Dixon manifestó:

—No tan deprisa ahora, Luigi.

—Estoy escamado, Taxy. ¿No viste que había otros policías en las sombras?

La alfombrilla susurró, y el muchacho, lívido, pidió:

—¿Tienen un cigarrillo?

Por encima del hombro, pasó Dixon un cigarrillo. Añadió Luigi:

—Había policías en un pueblo donde normalmente no hay policía.

El muchacho encendió un fósforo. Ladeado en el respaldo, pudo Dixon ver por vez primera al fugitivo. Rubio, muy joven. Pero no parecía el gemelo de Giana. Decía:

—Puede que los policías estuvieran buscándome. Lo llevan haciendo desde que me escapé hace nueve días —y reclinando la frente en el respaldo delantero, murmuró—: Tengo hambre.

—Pronto comerás, chico.

—¿Por qué no pidió nuestra documentación? —inquirió Luigi—. No lo veo claro. Nos dejaron sueltos muy fácilmente.

—Ojalá siga así la suerte.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó Yvor.

—Muy bien. Esperando en Trieste.

—Yo creía que me esperaba en Ribaldi. ¿Podremos llegar?

—Seguro. Irás en el portaequipajes. No lo examinan, porque somos conocidos. Pero por si acaso cruza el índice y el medio. Trae suerte, Yvor.

—No encuentro palabras para darles las gracias.

—Ni las busques —gruñó Luigi—. Eres italiano, y basta. Maldita lluvia.

El muchacho se reclinó en la esquina, cerrando los ojos. Gruñó Luigi:

—Sigo pensando que había algo raro allá en Grazba.

—Deja de pensar. Para. ¡Ey, Yvor! Trasládate al cajón, chico.

Poco después, cerrando el portaequipajes, regresó Dixon junto al volante.

—Pronto estaremos en la frontera, Luigi.

—¿Y si registran?

—No lo harán. Le regalé a Slavomir un perfume francés para su costilla. Y en los últimos viajes no miraron el porta.

—Yo estaba pensando en tus zapatos, Texy.

—No me los miraron entrando. Tampoco lo harán saliendo. Oye, Luigi, ¿el hombre que te entregó el paquete en Venecia te habló de los zapatos?

—No.

—Entonces, solo había una persona que pudo decírtelo, y que lo sabía.

—Sí. Yo creía que Marion me quería. Pero, no... Me estaba empleando contra ti. Te odia. Me lo dijo en Ribaldi.

—Olvídalo, Luigi.

—Pero es que he sido un imbécil de marca mayor. ¿Cómo pude creer que Marion se había enamorado de mí?

—Escucha, no sientas más pena por ti, ni por ella. Cuando vayamos al bar de Muzio, nos beberemos cincuenta copetines y al que haga el veinte, te diré una cosa.

—Dímela, Texy, ahora.

—Pues que Marion no vale ni la pena de que la mentemos.

—Es que la odio ahora. Porque se rio de mí.

—Pero ríe mejor el que ríe el último, Luigi.

Enfilaba el coche el último viraje. Las luces del puesto fronterizo se mostraron. Un policía uniformado estaba en medio de la carretera, agitando su linterna.

Luigi, crispadas las mandíbulas, parecía dispuesta a no apartar el pie del acelerador. Dixon mordió la palabra:

—¡Frena!

Frenó Luigi con brusquedad. Y añadió Dixon:

—Normal, como siempre, Luigi. Bajando.

Bajaron del coche y solo entonces vieron la pistola en la otra mano del policía. Que lanzó un grito de aviso.

De la caseta salían otros dos policías. Uno era Slavomir, su lacio cabello cayéndole sobre la frente. Dixon se disponía a saludarle.

Pero en su espalda se hundió una pistola. Y oyó decir a Luigi:

—¿Qué demonios pasa?

Los tres policías fronterizos les fueron empujando al interior de la caseta, empleando las pistolas como batuta. Y Waldo Dixon imprecó entre dientes. El viaje terminaba allí.

CAPÍTULO X

Waldo Dixon estaba convencido que la nueva complicación la debía al policía que había dejado atado, pero vivo, en la carretera. Esperaba encontrar la estancia llena de oficiales de la UDBA.

Pero solo estaban los tres aduaneros. Y un penetrante perfume. En un rincón estaban los restos del frasco de extracto francés.

Los azules ojos de Slavomir expresaban temor. Dijo Dixon:

—Yo creía que le habría gustado el perfume. Lo siento. La próxima vez se lo traeré de otra marca.

Uno de los aduaneros le empujó contra la pared, apuntándole al estómago con su revólver. Inquirió Dixon:

—Pero, ¿qué demonios pasa?

El revólver rascó sus costillas. El aduanero hablaba sin mover el labio superior:

—Cualquier intento de sobornar a la policía de frontera es un delito castigado con la prisión.

Experimentó Dixon un gran alivio:

—Yo lo sé, pero ¿lo saben los policías de frontera?

Slavomir alargó el brazo, y aplicó un sonoro bofetón que ladeó la cabeza de Dixon.

—¡Es usted un mentiroso!

—¿Es acaso un delito traerle un regalo a un amigo?

El que había estado esgrimiendo el revólver fue a sentarse tras la mesa.

Luigi se preparaba a embestir. Dixon le miró sonriente, denegando con la cabeza. El tercer policía se reclinaba contra la pared, conservando su revólver visible. Entró un cuarto policía.

Era alto y de grises cabellos. Su uniforme le sentaba bien. Su expresión parecía indicar que algo muy divertido iba a suceder. Preguntó:

—¿Son estos?

Y sin esperar asentimiento, tendió la mano, pidiendo en inglés:

—Pasaporte, por favor. Me llamo Markof. Y por lo que leo, es usted Waldo Dixon, nativo de Texas. Leo también que ha hecho usted muchos viajes a Yugoslavia. Muy interesante.

—En efecto, Yugoslavia es muy interesante. Y usted habla un inglés excelente —sonrió Dixon.

—Soy impenetrable al halago. Explique el motivo de sus viajes.

—He rellenado cerca de quinientos impresos oficiales como representante de la Casa Leewe, Suministros Agrícolas. Soy el enlace entre la casa que represento y Paulovic, del Departamento de Agricultura.

Se acrecentó la expresión divertida en los ojos de Markof:

—Estamos agradecidos a sus esfuerzos por vendernos la maquinaria que contribuya a nuestra mayor prosperidad. Hemos confiado en usted. El camarada Paulovic ha confiado en usted. Dígame, ¿por qué ha abusado usted de esta confianza?

—No abuse usted de su natural propensión a sospechar hasta de las sombras, amigo.

Markof acentuó una expresión de sorpresa:

—Habla con la osadía de un aventurero habituado a todo, por lo cual me dispensa de emplear una cortesía indebida. Aparte los asuntos de maquinaria, ¿qué más ha llevado usted en estos viajes?

—Un gran aburrimiento.

Retrocedió Markof. Ya no era un oficial divertido, sino enojado:

—Muy bien. Siempre, en un principio, busco la cooperación, pero usted me la niega. Solo queda un recurso. ¡Desnúdese! —y señalando a Luigi, añadió con mayor brusquedad—: ¡Usted también!

—Hazlo, Luigi. Desnúdate —recomendó Dixon.

Markof recogía prenda por prenda, dejándolas sobre la mesa. Dos policías examinaban el tejido, costuras y cada pliegue. El tercero se puso unos guantes y examinó a fondo las anatomías de Dixon y Luigi.

Cinco minutos después, preguntaba Dixon:

—¿Puedo vestirme de nuevo?

—Naturalmente, camarada —sonrió Markof. Y miró los zapatos—. Pero quítese sus zapatos. El mensaje recibido mencionaba especialmente sus zapatos. Quíteselos.

No le quedó más remedio que entregar sus zapatos que Markof colocó sobre la mesa. Y dijo:

—Demuestra usted mucho aplomo, Dixon. No me cabe duda que ya se libró de lo que fuese que trajera esta noche. No encontraremos nada. Pero le prevengo contra un exceso de felicidad. El simple descubrimiento de un sitio que sirva de escondite, vacío o no, en estos zapatos, es razón suficiente para hacerlo encarcelar por sospechoso. Lo retendremos preso hasta dar con la pista de todos los contactos que usted haya hecho en Yugo eslavía. Será sometido a interrogatorios diarios. No será agradable ni para usted ni para su chofer.

—Él no tiene nada que ver.

Brillaron los ojos de Markof:

—Entonces, ¿admite que usted sí tiene que ver?

No contestó Dixon, y mirando los restos del frasco de perfume, ordenó Markof:

—Usted, camarada Slavomir, examine los zapatos.

Vistiéndose, iba tendiendo Dixon las prendas a Luigi, al recoger las suyas.

Sudaba copiosamente, viendo a Slavomir que cogía los tacones haciendo esfuerzos, como para destornillarlos.

Después los doblaba, quitaba los cordones, y, por fin, gruñía:

—No encuentro nada.

Sombríamente, afirmó Markof:

—Muy desafortunado, Slavomir, porque esperaba yo que usted rescatase así su culpa. ¿Está seguro que ha buscado bien, empleando todos los medios?

—Con su permiso, camarada Markof —murmuró Slavomir.

Y sacando un cuchillo, empezó a atacar los zapatos. Fue cortando, hasta dejar las suelas separadas. Iba poniéndose frenético, a medida que laceraba el cuero. Se cortó en un dedo. Siguió acuchillando, y sin poderlo reprimir, rio Dixon.

Demasiado aliviado. Y por fin, señaló lo que quedaba de sus zapatos.

—Me deben un nuevo par.

Sobre la mesa quedaba un montón inocente de cuero y piel hecho trizas.

—Ahora pueden examinar los míos —dijo Luigi, dejándolos sobre la mesa.

Markof ostentaba una expresión de patética desilusión, al decir:

—Era supuesto que en sus zapatos, Dixon, estaba el misterio.

—No debería usted creer todo lo que le dicen, Markof.

Luigi estaba calzándose de nuevo, y fríamente comentó Markof:

—Algo oculta usted, Dixon, porque su carcajada demostraba un gran alivio. Rio muy a gusto.

—Mi sentido del humor.

—Pues ejércitelo un poco más, porque vamos a registrar su coche. Si es preciso lo desmontaremos pieza a pieza. Me está usted resultando poco grato, Dixon. Esté seguro de que encontraré algo contra usted, amigo mío, aunque tenga que inventarlo. ¡Vamos!

Los tres policías volvieron a exhibir sus revólveres. Uno abrió la puerta. Dixon pidió:

—Ey, no voy a andar descalzo. Denme un par de zapatos, ¿no?

Obtuvo un par de empujones, y al exterior comprobó que ya no llovía.

Pensó que era imposible la huida. Markof le encañonaba con gran deleite. Desde lejos, se oía el rumor de un motor aproximándose. Murmuró Luigi:

—¿Qué hacemos, Taxy?

Markof empujó entre los riñones de Dixon con el revólver, conminando:

—Dígale que no pueden hacer nada. Absolutamente nada.

El coche que acudía procedente de Libijana, se iba aproximando.

—¡Registren! —ordenó Markof.

Slavomir se aproximó al portaequipajes. Dixon experimentó una gran compasión por el muchacho que iban a sacar de allí.

Y súbitamente, los focos del coche que llegaba iluminaron a todos, mientras daba un frenazo brusco. Saltó un hombre de paisano, pequeño y rechoncho, con asombrosa agilidad.

Ya cerca del grupo en torno al coche parado, se detuvo, separando las piernas y colocados los puños en las caderas. Preguntó, roncamente:

—Concretamente, ¿qué sucede aquí, camaradas?

Slavomir retiró la mano que tenía apoyada sobre la manija del portaequipajes. Los tres policías uniformados se cuadraron en postura de firmes.

Otros tres paisanos se alineaban entre los dos coches. El rechoncho se dio una palmada en el muslo.

—¿Por qué no se me contesta? —y su rostro aplanado, mongólico, ostentaba humorismo desdeñoso—. Bien, que hable uno de vosotros. ¿Quién es el de mayor responsabilidad?

—Yo, camarada —declaró Markof.

—¿Y qué hace usted con un revólver a la espalda de este hombre? ¿Intenta seducirle? —y los tres paisanos rieron satisfechos del humorismo de su jefe, que añadió—: Vamos, hable.

—Este hombre es sospechoso de contrabando. Íbamos a registrar su coche.

—No me diga —y el rechoncho dio dos pasos más hasta quedar frente a Dixon, escrutándole—. ¿Contrabandista, eh? ¿Quién es usted?

—Ningún contrabandista. Soy representante de la Casa Leewe, Suministros Agrícolas. Me llamo Dixon, y estoy aquí...

—¡Espere! —le atajó el rechoncho, chasqueando los dedos—. Corríjame si yerro. Waldo Dixon. Relaciones comerciales con

Paulovic, Departamento Agricultura.

—Correcto... «Okey» —sonrió Dixon.

—¿Cómo van los negocios?

Dixon encogió los hombros, y el rechoncho empujó con su índice el estómago de Dixon, en metido amistoso:

—Discreto, ¿eh? Y practicando un poco de contrabando, ¿eh? Un pájaro raro, ya que hay pocos de su tipo por aquí. Muchos de nosotros vivimos traficando con dólares en el mercado negro. ¿No es así, camarada Markof?

—Yo no, camarada...

—No se haga el cándido, hombre. Enfunde su revólver —y cogiendo por el codo a Dixon, le hizo volverse. Ambos se enfrentaron con Markof, que parecía petrificado en rígida postura de miedo deferente—. Aclare el incidente.

Informó Markof respetuosamente, como a un temido superior:

—Este hombre cruzó la frontera, avanzada la noche, en uno de sus muchos viajes. He descubierto que no le registraban escrupulosamente, y que sobornó a un aduanero con un frasco de perfume de París.

—Un regalito —afirmó Dixon.

—Siga informando —ordenó el rechoncho—. Vamos, Markof.

—Hace unos veinte minutos, recibí una llamada telefónica, anónima. Mi informante me dijo que Dixon, durante sus viajes, ha estado realizando contrabando sistemáticamente. En sus zapatos. Rebusqué la documentación viendo que su destino era la casa del camarada Paulovic, en Libijana. Con la esperanza de hacerle detener, telefoneé a la policía de Libijana, diciéndoles que fueran inmediatamente a casa del camarada Paulovic. Esperaba su respuesta cuando Dixon apareció en persona.

—¿Lo ha registrado? —inquirió el rechoncho.

—Sí.

—¿Qué ha encontrado?

—Todavía nada. Íbamos a registrar su coche.

—¿Para qué? ¿Qué se supone que contrabandea?

—No me fue especificado, señor. Supongo que eran drogas.

—Y me ha destrozado los zapatos —intervino Dixon—. Estuve desnudo, expuesto, a coger una pulmonía. Necesito unos zapatos. En mi opinión, el camarada Markof es un burócrata intentando hacer méritos, que presta verosimilitud a la anónima llamada efectuada seguramente por un lunático. Será mejor que vaya con cuidado, porque un día de esos llamaré yo por teléfono anónimamente denunciando a la UDSB al camarada Markof, y se

dará cuenta de que es desagradable.

El rechoncho asintió con vigor, sonriendo maliciosamente:

—¿Captó la onda, camarada Markof?

—Sea como sea, necesito unos zapatos —aseveró Dixon. Y en italiano, añadió—: Al volante. Nos vamos —Luigi se movió sin que nadie se lo impidiera. Sonrió Dixon—. Gracias por llegar a tiempo, e impedir que este camarada cumpliera su amenaza de desmontarme el coche.

Luigi estaba ya poniendo el contacto. El rechoncho estrechó con vigor la diestra que tendía Dixon. Y dijo:

—Nada peor que los excesos de autoridad —y, miró con dureza a Markof, ordenando—: Que levanten la barrera y dejen pasar a este señor.

El teléfono empezó a sonar en el interior de la caseta. Dixon, instalándose junto a Luigi, trató de aparentar mucho aburrimiento.

El teléfono seguía sonando, y el rechoncho dijo:

—Más deprisa en alzar la barrera, Markof. Me suena usted a tan inexperto como sus colegas que le están llamando desde Libijana.

—¡Vamos! —silabeó Dixon.

Luigi embolsó el coche, entrando en la tierra de nadie. Miraba Dixon la torreta de aluminio con sus ametralladoras y policías.

—¡Más deprisa, Luigi!

—¿Qué ocurrió?

—Alguien nos traicionó, telefoneando acerca de mis zapatos.

—¿Por qué te ayudó el rechoncho? ¿Quién era?

—No lo sé.

—El que llamó por teléfono debió ser el «poli» que dejaste libre.

—No, porque habría dicho también que Paulovic estaba muerto.

—¿Riker?

—No, porque sabía que mis zapatos estaban vacíos.

—¿Entonces, quién?

—No lo sé.

Iba el coche aproximándose a la otra frontera. Y el aduanero italiano alzaba ya la barrera. Agitó la mano en saludo a Luigi.

La barrera quedaba cruzada. Pero Luigi embolsó más a fondo, tomando la sucesión de virajes. Reclinándose, se sintió Dixon muy cansado de pronto. Le quedaban aún muchas preguntas por hacer.

—Para, Luigi. Tenemos que darle aire al muchacho.

Estaban llegando al primer suburbio de Trieste. Añadió Dixon:

—Por la mañana iremos a la taberna de Muzio y pillaremos la gran borrachera, apenas hayamos cobrado.

—¿Seguiremos siendo amigos, pese a lo que te hice, Taxy?

—Me salvaste el pellejo, ¿no?

—No te traicionaré más, Taxy.

Dixon tenía que hacer una pregunta difícil. La hizo:

—Creo que Gardoni llevaba los diamantes que Markof esperaba encontrar. Asesinaron a Gardoni en mi departamento. Me digas lo que me digas, te creeré, Luigi.

Deteniendo el coche, Luigi cogió a su amigo por un hombro, y con mueca jovial, preguntó:

—¿Quién es Gardoni?

—«Okey», Luigi —sonrió Dixon, bajando del coche—. Sacaremos al chico, llevándole a comer algo.

Fue a abrir el portaequipajes y permaneció como si acabase de recibir un mazazo. Estaba vacío. Yvor Montalvi se había ido, o lo habían atrapado. Se sintió repentinamente cansado.

A su lado, preguntaba Luigi:

—¿Y ahora qué, Taxy?

—Espera por aquí. Tengo que ver a Giana.

Y descalzo, caminó Dixon, sintiéndose muy vacío, hacia el bar donde había dejado a Giana Montalvi.

CAPÍTULO XI

En la acera, ante el bar «Máximo», había una mujer. Su esposa Carla, que se acercó a Dixon, bloqueándole el paso. Estaba pálida, y sus dilatados ojos revelaban temor. Dijo, secamente:

—Llevo mucho tiempo esperándole. ¿Por qué no nos lo dijo? ¿Por qué nos complicó?

—¿Dónde está Giana?

—Llévesela cuanto antes, porque no quiero que Máximo se entere ni se complique.

—Repito, ¿dónde está Giana?

Señaló ella la casa en frente al bar. Había un coche parado.

—Allí está. La puerta está abierta. Es la primera habitación a la izquierda del pasillo. Ella está bien. He vigilado mientras le esperaba a usted. Y no la complique a ella en sus cosas, señor. Es una buena chica.

—Lo es.

Y atravesó Dixon la calle. La puerta estaba entreabierta, y entró en un corredor que olía a establo. En una pared había un teléfono arcaico, y un mechero de gas esparcía una leve luz amarillenta.

Abrió la primera puerta a la izquierda.

Giana Montalvi se precipitó en sus brazos. Estuvieron enlazados un largo instante en silencio, y por fin, murmuró él:

—Ya pasó todo. Yvor está por la ciudad. Todo va bien.

—Pero, ¿es que no sabes aún...?

—Ya me habló bastante en rompecabezas la mujer del bar. ¿Qué sucede?

—Lo comunicó la radio. Yo estaba en el bar. La policía te está buscando. Green que estás por aquí, en Trieste. Quieren detenerte por el asesinato de un hombre llamado Gardoni.

Había un catre, y en él se sentó Dixon. Sabía ya por qué estaba asustada la mujer del bar. Preguntó Giana:

—Mi hermano ¿dónde está?

—No sé. Pasó la frontera, pero ahora no sé dónde se ha metido. Escucha, vas a ir a Ribaldi, a esperarle. Él sabe dónde vives allá. Y pronto se presentará. Pero ahora el problema es el mío. Creo que tengo que presentarme a la policía. Lo malo es que no me creerán. A Gardoni lo mataron en mi domicilio.

—¿Sabes quién le mató?

—Sí, pero no puedo demostrarlo —y levantándose, preguntó—: ¿Duerme todo el mundo en esta casa?

—Así lo creo, Waldo.

Salió Dixon al corredor. Cogiendo el teléfono, dio el número de Venecia en voz baja. Oyó ocho veces la señal de llamada. Después, una voz lánguida inquirió:

—¿Aló?

—Hola, Marion. Aquí Dixon, de regreso. Voy camino de Venecia. Tengo que verte.

—¿Ahora? Es imposible. Además, recuerda que me dijiste «adiós» para siempre.

—Tenemos que hablar. Vete pensando en Luigi. Está rabioso contigo.

—¿Luigi? —y rio la voz femenina—. Lo puedo manejar como quiera. ¿No piensas decirme algo más original, Waldo?

—Sí. La policía me busca por asesinato.

—Ya lo sabía. Alguien te delató. Lo acabo de oír por la radio. Es una pena, por ti y por esta nena cándida. Tendréis que aplazar la boda. Es una pena, querido Waldo. Ahora llamaré a la policía, para comunicarles que ya estás de nuevo merodeando. Adiós, querido.

Marion Leonard colgó. Waldo Dixon permaneció inmóvil tratando de encajar las piezas. Gardoni, llevando una caja de zapatos. Riker, negando haber entregado dichos zapatos. Nadie sabía nada de esos zapatos con diamantes, salvo Hamiz y Felini.

Gardoni, asesinado por los diamantes. Pero Riker decía que había enviado los diamantes con alguien de más confianza: Luigi. Luigi intentando robar los diamantes. Y en la aduana, los zapatos revelaban no contener diamante alguno.

Por lo tanto, Riker había jugado un extraño juego. Todo era una partida de falsedades. Hamiz tratando de sobornarle. Felini, traicionando a Riker.

Luigi, dispuesto a abandonarle inconsciente por las montañas. Yvor desapareciendo sin despedirse. Luigi que, en lugar de esperarle, partía con el coche, apenas Waldo apeado del mismo. Marion Leonard que estaba llamando a la policía.

Y había aún más misterios: el policía servicial en el asunto de la cabra atropellada. El rechoncho jefe de la UDSBA salvándole a tiempo de las garras de Markof.

La única cosa que veía clara, era que Riker tenía que pagarle diez mil dólares. Y aun eso, era de una claridad muy relativa.

Entró en la habitación:

—Tengo que ir a Venecia. Es mi única solución. Si la policía me

caza, estoy perdido. ¿De quién es el coche que está fuera?

—Tres hombres y una mujer vinieron con este coche. Estaban bebidos y se fueron al bar de Carla.

—Bueno, te quedas aquí y trataré de venir a primera hora a recogerte.

—Voy contigo.

—No, porque es demasiado peligroso. Comprendo que quieras ir a Ribaldi a esperar a Yvor, pero no puedes. Es posible que haya agentes yugoeslavos por tu dirección. Intentarán seguirme la pista a través tuyo.

—Cuanto digas puede ser verdad, pero tengo que ir contigo, Waldo.

Encogiéndose de hombros, se encontró Dixon demasiado fatigado para seguir arguyendo. Salieron a la calle. El coche no estaba cerrado. Pasó tras el volante, y Giana se sentó a su lado.

El cuadro de mandos era de bakelita. No había llave de contacto. Rebuscó Dixon en el compartimiento de herramientas, hasta encontrar unos alicates. Fue haciendo saltar la bakelita.

Desde el bar, provenía el rumor de una canción a coro.

Waldo Dixon encontró los alambres de conexión. Cuando logró poner en marcha, un campanario desgranó los toques: las cuatro y media.

Conduciendo, vio Dixon a dos mujeres enlutadas entrando en una iglesia.

Era domingo, día de reposo.

Ambos guardaban silencio, y pronto aparecieron las luces de Ribaldi. Cruzaban camiones del mercado.

—Pararé en las afueras. No deberás ir a la pensión. Espera en un café y ya verás a Yvor. Puede que haya agentes yugoeslavos rondando, y tienes que procurar avisar a Yvor.

—¿Estaba bien cuando se fue?

—Así lo creo.

—No me preocupa él, porque ya ha estado en peligros peores. Estoy segura que esperará a que sea de día para venir a verme. Pero yo voy contigo, porque la policía busca a un hombre solo, no a un Waldo acompañado por una mujer.

Los faros empezaron a parpadear, y el motor emitió extraños ronquidos, antes de pararse súbitamente. Tras intentar inútilmente arrancarlo, bajó Dixon. El asfalto era muy frío bajo sus calcetines.

Un coche iba aproximándose, viniendo de Venecia.

—Quédate dentro, Giana.

El coche era pequeño y jadeaba. Frenó bruscamente. Y el que

conducía sacó por la ventanilla, además del busto, una linterna eléctrica, que enfocó al coche parado:

—Está aparcado en sentido poco reglamentario, pero no se lo reprocho. Yo también aparcaba así, en mis tiempos de novio. Aunque de todos modos, ha de ser más prudente. Está bien que le cante amores a su adorada, pero al menos deje un faro encendido para los que transitan solos y adormilados.

—Lo siento. Íbamos a circular de nuevo.

El hombre rio divertido:

—¿Qué le contó, señorita? ¿Qué se le había acabado la gasolina? Ese era mi truco favorito. Bueno, si es de verás que no tiene gasolina, tengo yo un bidón de repuesto.

—Tenemos gasolina.

—Pero, ¿por qué no enciende sus focos? Puede ser embestido.

—Hay una avería en la ignición. Si encuentra un, garaje abierto en su camino, envíenos un mecánico.

—Todo está cerrado a esta hora. Tal vez pueda yo echarle una mano —y abriendo la portezuela bajó, añadiendo—: Sostenga usted mi linterna.

Era un hombrón vestido de oscuro. Cogió Dixon la linterna, mientras el servicial desconocida alzaba el «capó» y hurgaba. Para decir, por fin:

—Quemó usted la ignición —y bajando la vista, vio que en vez de zapatos lucía Dixon calcetines—. Un mal contacto.

—¿Es usted mecánico? —inquirió Dixon.

El revólver apareció en la diestra del otro como por arte de magia, y adelantando a la vez la zurda, recuperó su linterna, manifestando:

—No soy mecánico sino policía. Inspector Rocco, de Venecia. ¿Por qué robó este coche, hijo? ¿Para impresionar a su adorada? Puesto a hacer, tenía usted que robar también la llave. Conecte los hilos y cinco veces sobre diez, quemará las conexiones.

En el coche, se removió Giana. El inspector Rocco advirtió:

—Estese quieta, jovencita. Su papá se pondrá muy enfadado cuando se entere.

—Y conmigo —aseguró Dixon—. Este coche es del padre de ella. Nos lo prestó y perdí la llave mientras estábamos en un bar. Pensé que podría solucionarlo con un trozo de alambre.

—¿Sí? —y la luz de la linterna recorrió lentamente a Dixon—. Tiene usted un leve acento yanqui. Muy sorprendente, porque según mi informe reciente, estaba usted en Trieste, señor Dixon. Muchos de mis colegas están por Trieste buscándole.

Giana Montalvi abrió violentamente la portezuela, que chocó con fuerza contra el hombro del inspector. Se abalanzó Dixon en placaje de jugador de rugby.

Rodaron ambos por el suelo, intentando Dixon coger el revólver. Asiendo la muñeca del inspector, le obligaba a martillear con los nudillos sobre el asfalto.

Pero Rocco era fuerte, y estaba doblando la mano, de modo que el cañón fuera a apuntar el brazo de Dixon.

Giana Montalvi acababa de recoger la linterna del suelo. Aplicó un golpe certero en el cráneo del inspector. Gruñó Rocco, y ella golpeó de nuevo.

El inspector abrió la diestra, y dejó de forcejear.

Recogió Dixon el revólver, incorporándose. Lo guardó en su bolsillo, diciendo:

—No podemos dejarle aquí.

Lo cogió bajo los sobacos, arrastrándole fuera de la carretera, hasta el talud. Le quitó los zapatos y corrió hacia el cochecillo. Era un «Fiat». Lo viró, emprendiendo la ruta hacia Venecia. Y dijo:

—No te vio la cara, Giana. Dejaré este coche antes de llegar a la ciudad y caminaré el resto.

—Te he demostrado que no soy un estorbo, Waldo. Llévame contigo.

—Bueno. Tengo una oportunidad. La policía estará en mi departamento, y tal vez en el de Marion. Iré a ver a Riker. Cuando entremos en Venecia, cógeme del brazo como una novia enamorada.

—Como lo que soy.

Le miraba ella sonriendo. Cuando paró el coche, se calzó Dixon los zapatos. Le venían algo estrechos, pero servían.



—Le sobra plomo, tejano. Pero aquí se acabó el viaje

CAPÍTULO XII

La ciudad empezaba a despertarse. Los relojes marcaban las cinco y media. Los edificios iban tornándose grises. En el zaguán, a oscuras, la enlazó por los hombros.

—Espera aquí. No subas arriba a menos que veas policías demasiado cerca.

—Olvidé lo más importante, Waldo. Gracias de todo corazón por Yvor.

La besó en la mejilla, diciendo:

—Los tres lo celebraremos dentro de poco. Permanece aquí con los dedos cruzados. Si no regreso antes de una hora, trae a la policía. Si vienen antes, avísame.

Asintió ella, y Dixon atravesó el puente pasando al otro lado del estrecho canal. Tanteó la puerta. Estaba cerrada. Sacó el llavero y abrió. No volvió a cerrarla con la llave.

Y fue subiendo las escaleras con el revólver del inspector Rocco en la diestra.

Presionó el botón bajo el micrófono. Y no tardó en oírse el susurro y una voz preguntando:

—¿Quién es?

—Waldo Dixon.

Se cerró el micrófono. Hubo una pausa larga, y la puerta se abrió.

Allí estaba Brand Riker, sentado tras su despacho, impecable como siempre. Levemente arrugada la frente sobre sus grises ojos risueños. Dijo:

—Bienvenido. No le esperaba.

Y miró el revólver con expresión apenada:

—¿Es necesario que me apunte con su revólver?

—Está usted en un apuro.

—Y eso que no conoce usted ni la mitad de los apuros en que estoy. ¿Por qué no se guarda el cacharro?

Un revólver se hincó en la espalda de Dixon, y una voz femenina dijo:

—Haz lo que dice, Waldo. Deja tu arma sobre el despacho.

—Hola, Marion. Te esperaba —masculló Dixon—. Aparta tu petardo, o le vuelo los sesos a tu prometido oficial.

Rio ella, acentuando la presión de su revólver:

—Me gustaría verlo. Mi querido Brand sin sesos, estaría feo. Adelante, Waldo. Mávalo. Y así podré liquidarte con una coartada perfecta. «Prometida valerosa que ejecuta al asesino de su adorado prometido oficial», dirán los periódicos. Y con esta propaganda, obtendré contratos para las mejores salas de fiestas.

—Lo dice tal como lo piensa —afirmó Riker, fríamente—. Mi preciosa Marion tiene un cerebro tortuoso, y creo que nos odia a los dos casi por un igual. A mí, porque soy rico, y a usted, Dixon, porque no le hace caso. Suelte su revólver, Dixon, y así tal vez sepamos por qué acudió ella apenas le oyó mencionar su nombre al micrófono.

—¿Cómo voy a soltar el revólver? Ella es una criminal.

—¿Sí? —y blandamente, miró Riker por encima del hombro de Dixon—. Puede que lo sea, pero por todos los apóstoles, Dixon, suelte su revólver. Terminemos con este grotesco juego, o no llegaremos a ningún sitio.

Se decidió Dixon. Avanzando, dejó el revólver sobre la mesa. Marion Leonard se siluetó a un lado de la mesa. Encañonaba a ambos. Y dijo:

—O sea que la policía no pudo cazarte.

—Eso parece.

—Es una pena. No puedo entregarte personalmente, sin verme complicada. Tendré que pensar en otra cosa.

Muy calmadamente, anunció Riker:

—Tengo asuntos privados muy urgentes que discutir con Dixon, querida. Te agradecería que te ausentases durante media hora.

—Me tienes harta, presumido inteligente —afirmó ella, desdeñosa.

Asintió Riker, reflexivo.

—Siéntese, Dixon. Debe perdonarla, porque la culpa es mía. No debí escoger como futura esposa a una artista del «strip-tease» parisino. Pensé que podría ser un Pígmalión y convertirla en una dama perfecta. Ha sido un error. ¿A quién mató ella? ¿A Gardoni?

—Era uno de sus «flirts» —puntualizó Dixon.

—No mezclemos los devaneos con las cosas serias —afirmó Riker—. Eres una pequeña imbécil, Marion, intentando atrapar moscas cuando podías atraparme a mí. Es seguro que Gardoni te habló de los diamantes. Porque el sello de los zapatos fue roto dos veces. Dixon confiesa que lo rompió una vez tan solo, y nunca miente. La segunda vez fue obra de Gardoni.

Repiqueó con las yemas de los dedos sobre la mesa, mirando al techo:

—Supongo que Gardoni esperaba la gran ocasión. Nunca confíe en él. Claro que no confío en nadie y arreglé la prueba. Convencí a Gardoni de que esta noche el contrabando iba a ser el más valioso de todos. Debió ser una gran desilusión para el pobre Gardoni descubrir que los zapatos solo eran eso: zapatos.

—No lo descubrió —informó Marion—. No eres tan listo como te crees, Brand. Gardoni no tenía intención de traicionarte. Lo sé porque le sondeé. Y no quiso traicionarte. Por eso tuve que hacer lo que hice. Se quedó de piedra cuando me encontró en el departamento de Dixon. Yo tenía una llave —y sonrió angelicalmente—. Porque también Dixon es un «flirt» mío.

—Eso ya me tiene sin cuidado —aseguró Riker.

—No me interesa.

—Pero a mí, sí —objetó Dixon—. Eso de la llave es importante. Ella tuvo tiempo de quitarse el vestido para no mancharse de sangre y apenas apareció el pobre Gardoni, lo acuchilló. ¿Escondías el cuchillo tras la espalda, Marion?

—Lo encontré en un estante, y no tenía al principio idea de matar a Gardoni, pero era fiel a Brand. Después, me fue fácil... Pero tuve que lavarme y casi me puse enferma al ver tanta sangre. Y como nadie sabe que yo tenía una llave de tu departamento, el crimen es todo tuyo, Waldo —sonrió ella.

—Tantas molestias para nada —rió Dixon—. Porque Riker hasta negó que Gardoni llevase unos zapatos con diamantes.

—Sí —intervino Riker, casi en tono de excusa—. Pero ya estaba hecha la prueba. No confiaba en Gardoni y acerté, puesto que pudo ser juguete para una mujer. Yo creía que había sido asesinado por algún desconocido. Francamente, no sospeché de usted ni un solo instante, Dixon.

—Muchas gracias. ¿Ya quién sometía a prueba con el segundo par de malditos zapatos?

—En cierto modo, a usted. Pero esta noche, los diamantes era lo de menos.

—Pero lo eran para Marion. Cuando vio que el par de zapatos que llevaba Gardoni no valían, regresó a mi departamento por los otros. Ya me había dado Luigi la caja. Y esto era para ella un contratiempo, puesto que la obligaba a otros planes.

—Y todo por nada —sonrió Riker—. Tampoco había diamantes en el segundo par de zapatos.

—¿Eh? —respingó Marion.

—Menuda sorpresa, ¿verdad? —sonrió Dixon—. Conquistaste a Luigi, prometiéndole el paraíso, y ya ves... No había diamantes.

—No sé lo que me impide mataros a los dos —murmuró ella, haciendo oscilar el revólver.

—Medita con calma financiera, querida —expuso Riker—. El asunto referente a Gardoni puede ser olvidado. Pero si matas a dos hombres más, querida, te complicas mucho la existencia.

Seleccionó un bombón que masticó con deleite, hablando:

—Me fascina averiguar cómo mi prometida convenció a Luigi para que robase unos diamantes que no existían.

—Ella tenía sus dudas sobre Luigi y por eso le pidió que me robase los zapatos antes de que entrásemos en Yugoslavia, pero Luigi no se decidió a atacarme hasta que ya habíamos pasado la frontera. Confiaba en el narcótico que ella me había echado en un café. Solo que ella se pasó en la dosis y eché fuera todo mi estómago. El intentó quitarme un zapato y pude evitarlo.

—Luigi es un oso estúpido —afirmó ella, desilusionada.

—Estaba enamorado de ti, mujer —comentó Dixon—. Estuviste esperando que te llamara por teléfono y al ver que el primer plan había fallado, solo para vengarte de mí, llamaste a los aduaneros yugoeslavos. Y también falló.

Blanquearon los nudillos de la diestra de Marion apretando la culata. Murmuró, en tono silbante:

—Voy a pegarte un tiro, Waldo.

Levantándose, Riker se chupó los dedos, mientras avanzaba:

—Has tenido una noche muy fatigosa, querida. Estás fuera de ti. Te comprendo, pero debes controlarte. Créeme, le tengo a Dixon tanta antipatía como puedas tenerle tú. Pero de momento, me interesa vivo. Es muy importante para los dos, porque él posee información que nos puede enriquecer.

Y a su lado, le tocó levemente el antebrazo diestro:

—Marion, hasta hoy mis preocupaciones financieras no me permitieron prestarte toda mi atención, pero pronto iremos a Yugoslavia, donde ocuparé un alto cargo. Serás mi esposa, tendrás un pequeño ejército personal, y por dónde vayas te acogerán con gran respeto. Anda, esta noche representa mi triunfo y, por lo tanto, el tuyo. Vete a descansar.

Le quitó el revólver, añadiendo:

—Vamos, querida mía. Pasaré a visitarte hacia el mediodía.

Cerca del tapiz, se volvió ella:

—Supongo que terminarás de una vez con este aventurero odioso.

—No te inquietes más, querida. Piensa solo que estás atada a mí, porque sé quién mató a Gardoni. Y pese a tu honda perversidad, o

tal vez por eso mismo, estoy atado a ti. Hasta pronto, Marion.

Abandonó ella la habitación, y el tapiz volvió a caer. El revólver que ahora empuñaba Riker apuntaba a Dixon:

—Siéntese, Waldo, por favor. No hemos acabado aún.

Waldo Dixon se sentó. Riker colocó el revólver en la mesa, al alcance de su mano, y mirando el reloj al sentarse, dijo:

—Faltan ocho minutos para las seis. ¿Quién me traicionó?

Dixon silbó entre dientes, suavemente.

—Diez mil dólares es lo que me debe, Riker.

Abrió Riker un cajón y echó un mazo de billetes de Banco sobre la mesa.

—Cuéntelos mientras habla. ¿Quién fue?

—¿Qué pasa con el asesinato de Gardoni?

—Arreglado, no se preocupe —y dio un puñetazo en la mesa—. ¿Quién me traicionó?

—Zaro Felini.

—¿Antes de que cruzara la frontera?

—En Libijana. Esperaba en casa de Paulovic.

Este ha muerto. Y Felini se dispone a relevarle en todo, Riker.

—¿Dónde?

—A la dirección que usted me dijo. Bulevar Zircov, y a la hora que decía el Sobre Seis. Las seis de la madrugada.

Brand Riker murmuró con deleite:

—Limpio, Bellamente sublime, soberbiamente nítido.

Cogió el teléfono, y silabeó:

—Zagreb, sí, póngame con Zagreb —y dio unos números.

Dixon iba contando los billetes.

—¿Aló, Gronski? ¡Ha sido un éxito, Gronski! Escuche, querido compañero... Todo salió como esperábamos. ¡Felini! Sí... El cree ser el triunfador. Se ha tragado el sobre Seis por completo. Sí.

Volvió Riker a mirar su reloj pulsera. Tenía las mejillas enrojecidas de entusiasmada excitación:

—Gronski, tengo que hablar aprisa. Escúcheme atentamente. Dentro de cinco minutos, van a reunirse en el Bulevar Zircov. Creen que van a tomar las riendas. Deles diez minutos. Llame por teléfono a quién ya sabe. Diga que ha descubierto un complot para derribar al Gobierno. Ellos se encargarán del resto. Y esta noche no quedará un solo traidor vivo.

Se interrumpió, lanzando una carcajada.

—Una situación deliciosa. Le empleo para que me libre de mis enemigos y cuando lo haya hecho, me libraré de él. Pero no hasta que no dé la orden. Gronski. Recuérdelo. Será pronto. Sobre doce.

Será usted bien recompensado, Gronski. Ande ahora a llamar a la policía. La revolución de hoy fracasará, para que triunfe la nuestra. Adiós y suerte.

Colgando, le brillaban los ojos de entusiasmo. Dijo Dixon:

—Aquí hay quince mil —y tendió Dixon la diestra.

—Guárdelos, hombre, guárdelos —y recogiendo los dos revólveres, se puso en pie, y paseó acechando a Dixon—. Viva este momento a fondo. Estamos en un momento histórico.

Se reclinó contra una pared, silabeando:

—Fe-li-ni.

Y rio silenciosamente. Se levantó Dixon. Los dos revólveres le apuntaron rectamente:

—Siéntese. Debe ganarse los cinco mil extra. Quiero una descripción meticulosa y detallada de todo lo ocurrido.

Volvió a sentarse tras la mesa. Dejó un revólver en un cajón, y siguió empuñando el otro.

—Su relato le será más fácil si le hago una aclaración, ya que todo le ha de parecer complicado, y, sin embargo, es sencillo.

Hablaba como un profesor complacido:

—Como exilado conspirando, no ignoraba que me tenía que apoyar en otros exilados, que llegado el momento intentarían traicionarme. Y por eso tuve la genial idea de planear una falsa revolución.

—Genial —admitió Dixon.

—La organización estuvo susurrando meses en espera del Sobre Seis. Estas dos palabras eran suficientes para dar malas ideas a todos los conspiradores. Pero no podían hacer nada sin un hombre clave sin un traidor importante: Hamiz o Felini. Yo no sabía cuál de los dos quería sustituirme en el futuro mando. Ya lo sé ahora. Y Felini ha caído.

Volvió a mirar su reloj.

—Ahora Felini está reunido con los suyos en el Bulevar Zircov, que silenciosamente va rodeando la policía secreta. Unos minutos más y caerá el hacha implacable. Mi oposición quedará eliminada, y sigo conservando mis recursos para eliminar al actual Gobierno.

—Muy inteligente.

—Le noto asqueado. Por suerte, a usted no le interesa la política.

—Así es. Solo me interesa mi propia piel. ¿Cómo salgo limpio de la acusación del asesinato de Gardini?

—Paciencia, paciencia. Primero ha de ganarse los cinco mil extra. ¿Qué sucedió? Empiece por Felini.

—Yo estaba mareado por efectos del café que me sirvió Marion.

Felini me dio un tónico, después que vomité en su cesta, y me acompañó hasta el coche, donde arrancando le dije que le telefonara a usted.

—¿Se da cuenta ahora? Yo quería conocer sus etapas. Si no me hubiese llamado Felini; habría significado que le habían quitado el Sobre Seis por la fuerza. Me alivió saber que no había ocurrido así, porque hubiera significado que le tenían a usted prisionero... o le habían matado.

—¿Le habría importado mucho?

—No mucho —sonrió Riker—. Vamos, Dixon, no se tome las cosas tan personalmente, caramba. En los grandes acontecimientos, uno ha de estar preparado hasta a sacrificar al mejor amigo. Paulovic, por ejemplo. Continúe.

—Felini intentó sobornarme.

Fue explicando Dixon, todo menos lo concerniente a Giana e Yvor. Escuchaba Riker ávidamente, hasta que interrumpió:

—Ya basta. Fui al colegio con Vroiko, y le conozco bien. Usted escapó y ha conseguido regresar a Venecia. Y ahora solo queda un problema, y es: ¿qué hago con usted ahora?

—Me dijo usted que iba a ser mi último trabajo. Tengo ya un capitán de barco dispuesto a llevarme a Texas por cinco mil.

—¿Sí? En realidad fui generoso al ofrecerle tanto dinero, pero era porque no pensaba que usted lograra volver a Venecia.

—Tengo todo preparado para irme. El barco zarpará a las nueve esta misma mañana.

—No lo dudo, pero hay un inconveniente. Y es que a las nueve de esta mañana, usted estará muerto.

Waldo Dixon arqueó las cejas. Sonrió Riker:

—Es usted realmente asombroso, Waldo. No grita, no amenaza, no pide misericordia... Deseo que comprenda mi punto de vista. Todo gira en torno a la muerte de Gardoni. Tres personas sabemos cómo murió: usted, Marion y yo. Ella y yo nos callaremos, pero ¿quién le silencia a usted?

—Puede confiar en mí.

—Lo sé, Waldo. Pero no puedo tener tan excesiva confianza. Figúrese cuando ocupe un elevado cargo en Yugoslavia con mis nombres completos de... —y pareció paladear un bombón—. Branzo Rikerski. Suena bien, ¿no? Pero no podría vivir tranquilo sabiendo que usted posee secretos peligrosos. Le ruego que sea realista, Dixon.

Se puso en pie, añadiendo:

—En cierto modo, es un privilegio para usted, ya que nunca he

matado a un hombre. Es un asunto que dejaba siempre a cargo de los miembros inferiores de mi organización. Podría llamar a uno de ellos, simplemente cogiendo el teléfono. Pero quiero hacer una excepción con usted.

Apuntó a Dixon por encima, contemplándole sobre el punto de mira:

—Espero que en este último instante, demuestre miedo, Dixon.

Bajo su mesa, sonó un zumbador. Dijo Dixon:

—Dejó usted el micrófono abierto, hombre. Es un descuido.

Rikerski se colocó de modo que pudiera encañonar a Dixon y la puerta que iba entreabriéndose. Entró Giana Montalvi.

CAPÍTULO XIII

Se precipitó hacia Dixon. Riker saludó amablemente en italiano:

—Buenos días, señorita —y fue a cerrar la puerta, siempre encañonando. Luego, se volvió—. Como no creo que nos presente Dixon, debo adivinar. Usted es la rubia Venus Giana Montalvi, ¿no?

Ella no le miró. Arrodillada junto a la silla ocupada por Dixon, dijo:

—He hecho mal, Waldo, pero pasó un policía y yo estaba preocupada por ti. Debí esperar para avisar a la policía, pero no pude. Vi subir a Luigi... y volver salir.

Riker avanzó un paso. Dixon se puso en pie enlazando a Giana. Y dijo:

—Dejé a Luigi para que avisase a la policía, Riker. Y él sabe todo lo que yo sé. Incluido quién mató a Gardoni.

Entornó Riker los párpados:

—Ha sido astuta ella inventando la presencia de Luigi, pero es increíble, porque Luigi no habría dejado a su gran amigo Texy en peligro. Es hombre fuerte y lleva un revólver. ¿Iría a avisar a la policía un hombre de sus aptitudes combativas?

Sacudió Riker la cabeza negativamente.

—Buena táctica, pero falla. Usted, jovencita, dijo que tenía que haber esperado para avisar a la policía. Lo cual indica que no lo ha hecho. Cuando usted pisó el rellano, sonó el zumbador. Suena siempre que alguien viene. Si Luigi hubiese subido habría sonado.

—Luigi da las zancadas muy largas —aclaró Dixon.

—Su inventiva es débil, Dixon. La situación ha variado solo en un punto: Usted, señorita... Yo podía matar a Dixon con gran placer, pero soy demasiado sensible para matar también a una damita. Deberé llamar en petición de ayuda.

Estaba tenso, vigilante, al añadir:

—Pero no cometa un error, señorita. Dispararé si usted intenta cualquier insensatez antes de que lleguen mis hombres.

Se aproximó dando un rodeo al teléfono sobre la mesa. Iba a cogerlo, cuando una voz dijo:

—No lo toque o le taladro por la espalda. Deje el revólver sobre la mesa.

Petrificado, redondeó Riker la boca en círculo, horrorizado. La voz añadía:

—Deje caer el revólver al otro lado de la mesa.

Obedeció Riker. Se movió el tapiz, y apareció el fugitivo de Yugoslavia. Su rubio cabello le colgaba sobre la frente. Estaba blanco como la cal. Le temblaban los labios.

—Hola Yvor.

Y mirando a Giana, comprendió Dixon súbitamente por qué le había sido tan fácil volver a atravesar la frontera. Por qué le había ayudado el policía de Grazba. Por qué había aparecido tan oportunamente el jefe de la UDSBA en la frontera. Veía ya el plan... antes que hablase Giana.

Giana Montalvi dijo atónita:

—Este no es mi hermano. No le conozco de nada. Nunca le vi hasta ahora. Branzo Rikerski tuvo que apoyarse en una esquina de la mesa, preguntando—: ¿Quién es usted?

El muchacho se relamió. Dixon comprendió que iba a disparar. Adelantó un paso, y el revólver le apuntó.

Dixon habló aprisa:

—Este mozo está aquí enviado por la policía secreta yugoeslava, Riker. No sé por qué. Me lo dejaron sacar de contrabando, porque no querrán que exista una prueba oficial de su entrada en Italia. Lo cual significa que está aquí con un propósito ilegal. Si el chico falta, allá dirán que ni siquiera sabían que estaba aquí. ¿Te das cuenta, chico?

El muchacho, no contestó. Preguntó Giana:

—¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde está Yvor Montalvi?

—Muerto. Los enemigos de la patria han de ser exterminados sin piedad.

—Muy bien hablado, muchacho —aprobó Riker, recobrando la calma.

Giana sollozaba... Añadió Riker:

—Veo en ti a un patriota cabal. No te pregunto cuáles son los motivos que te fuerzan a suprimir a Dixon, pero cuentas con mi aprobación. Haz lo que quieras con él. Llévatelo.

El muchacho fue mordiendo las palabras:

—He venido a por ti, puerco conspirador. Has estado conspirando contra nuestra patria. Y he sido enviado para matarte.

—Para eso sobran testigos, muchacho —intervino Dixon—. Yo y mi novia nos vamos.

—¡No! —y retrocedió hacia la pared—. Mis órdenes son matar a Rikerski y quién con él estuviese...

Rikerski, cogido a la mesa, iba resbalando como para arrodillarse. Suplicaba:

—Te daré lo que quieras, muchacho. Tengo bastante fortuna para hacerte rico. Puedo darte mi casa, mis coches, mi yate...

Alguien golpeó fuertemente en la puerta.

Murmuró Giana:

—La policía.

El muchacho empezó a disparar.

CAPÍTULO XIV

El primer balazo zumbó cerca del oído de Dixon, que abatió hacia el suelo a Giana. Los otros dos balazos restallaron contra la pared. Rikerski chillaba frenéticamente.

El muchacho estaba en el centro de la habitación, disparaba muy torpemente.

Rikerski se inclinaba para recoger su revólver. Un balazo le entró en el estómago. La puerta estalló abriéndose.

Luigi entró embistiendo. Permaneció erguido. El balazo penetró en su pecho y cayó de espaldas.

Se abalanzó Dixon, pero ya el muchacho había huido.

En una esquina, estaba Rikerski crispadas las manos sobre su estómago.

—A por un médico, Giana —pidió Dixon, arrodillándose junto a Luigi.

Logró poner sentado al herido, respaldándolo sobre su rodilla, manteniéndole erguido el tronco.

—Va a venir un médico, Luigi.

Arqueándose, trataba Luigi de tender un papel que crispaba en su diestra. Susurró:

—Era una mala mujer. Mató a Gardoni. Intentaba dañarte. La seguí hasta su piso. Le hice escribir la verdad en este papel. Lo firmó con su nombre. Y así no te pasará nada, ¿eh, Texy? La policía te dejará tranquilo.

—Seguro, compadre. Y tenemos que ir a emborracharnos tú y yo.

Luigi Bretto dio una leve cabezada. Hizo una mueca sonriente, intentando hablar. Un chorro de sangre tiñó su boca y barbilla. Rodó los ojos, y quedó inerte.

Waldo Dixon emitió un ronco sollozo, mientras tendía a Luigi en el suelo. Estaba muerto. Le cerró los párpados. Alguien le tocaba en el hombro. Giana diciendo:

—Viene el doctor. Y la policía.

—Luigi ha muerto.

—La policía te cogerá, Waldo.

—No. Porque cuando viste a Luigi, iba siguiendo a Marion, y obtuvo de ella una confesión.

Cogió Giana el papel escrito que le tendía Dixon, quién fue a la

esquina a contemplar a Rikerski. Ya no había ninguna ayuda médica para él tampoco, porque agonizaba.

Giana acudió mirando a Dixon con desesperación. Le tendía el papel escrito. Marion Leonard había empleado los nombres, porque suponía que Luigi, inculto, podía, sin embargo, leer nombres conocidos.

Luigi creyó que ella escribía la verdad. La nota decía:

«He sido importunada con frecuencia por un tejano llamado Waldo Dixon. Recibí informes de que era un aventurero al margen de la Ley. Y ahora me he enterado de que mató a un hombre llamado Fred Gardoni. No me sorprende. En caso de que Waldo Dixon sea capturado, será para mí un gran placer declarar como testigo de cargo,

«Marion Leonard».

Arrugando el papel, lo tiró Dixon al suelo. Giana sollozaba:

—Mi hermano muerto... Y ahora el que lo mató volverá a Yugoslavia y será un héroe.

Dixon pasó al otro lado de la mesa y recogió el revólver que no había podido emplear Rikerski. Bajando las escaleras, pensó que solo hacía unos cinco minutos que el muchacho terrorista se había ido.

Había una sola carretera desde Venecia a Yugoslavia.

Waldo Dixon corrió hacia el garaje de alquiler. Estaba cerrado. Pero a lo largo de la plaza, en su acera izquierda, había cuatro coches parados luces encendidas.

Y un grupo de hombres gesticulando. En el centro, uno gritaba que su «Fiat» nuevo había sido robado. Él había ofrecido amablemente un asiento a un muchacho rubio, que le había empujado fuera del coche llevándoselo.

El último coche de la fila era un «Lincoln». Dixon abrió la puerta. Había visto que la matrícula era yanqui. El que se sentaba tras el volante, llevaba gafas. En italiano dificultoso, preguntó:

—¿Qué ocurre? —Respingó al ver el revólver que empuñaba Dixon, y se apresuró a decir, en perfecto yanqui—: ¡Ey, no quiero jaleos!

—No los tendrá, si pone en marcha, y pisa el acelerador. ¡Pronto!

Se oía la sirena de un coche policial acercándose. Empujó Dixon con el cañón entre las costillas:

—Vamos, pronto.

Pisó el embrague y al arrancar el coche, fue diciendo:

—Oiga, no llevo dinero. Palabra. Solo «travelers»².

A media milla, conminó Dixon:

—Pare, y bajando.

Parando, el turista saltó al suelo, apresuradamente. Waldo Dixon empuñó el volante. Pisó el acelerador a fondo.

Cuando llegó a Ribaldi, por el horizonte iba extendiéndose la luz del amanecer. Dejando atrás Ribaldi vio a lo lejos el «Fiat» nuevo. Desapareció tras un viraje.

Era la carretera montañosa llevando a Trieste. Conduciendo al máximo, tomando los virajes sobre dos ruedas, solo pensaba Dixon en Luigi...

Volvió a ver el «Fiat» llegando a Trieste. Le llevaba unos cuatrocientos metros de ventaja. Palpó el revólver. Desistió, porque era peligroso intentar disparar contra los neumáticos. Había ya gente por las calles.

El «Fiat» pasó por la carretera lateral. Siguiéndole, miró Dixon por el retrovisor. Otro coche le seguía. Un hombre se asomaba por la ventanilla opuesta al conductor. Un policía italiano.

La frontera quedaba a media milla.

El «Fiat» avanzaba a toda marcha. La barrera estaba bajada, y formaban otra barrera una serie de policías. El muchacho, puerilmente, tocó la bocina. Los policías saltaron en busca de salvarse de ser atropellados. Hubo un estallido de maderas y metales. El «Fiat» siguió, entrando ya en «tierra de nadie».

Waldo Dixon pasó también por la destrozada barrera. Debió acelerar demasiado, o el «Fiat» perder velocidad. Porque el «Fiat» se ladeó, y el «Lincoln» embistió su parachoques delantero, y se paró en seco.

Olió Dixon a gasolina desparramada, y saltó del coche. Vio al muchacho rubio corriendo como un gamo. Desde la torreta metálica, salía un guardián fronterizo con su metralleta.

Waldo Dixon corrió hacia la frontera italiana. El terrorista hacia la yugoeslava.

De pronto tableteó la metralleta. El muchacho rubio, se irguió, se encogió, y saltando a un lado, intentó seguir avanzando. Otra ráfaga de balazos de la metralleta, le segó por la mitad. Fue rebotando por el suelo su cadáver.

Waldo Dixon solo se enteró de una cosa. Que eran muchas manos de policías italianos las que le estaban atrayendo.

Y le pareció que eran horas después, cuando en el bar «Máximo», sentado en un reservado, Waldo Dixon apuraba otro vaso de vino burbujeante. Y entraba un policía acompañando

respetuosamente a un paisano que, con la cabeza vendada, decía:

—Lleva usted mis zapatos.

—Aprietan —aseguró Dixon.

—A mí también me vienen un poco estrechos. Me duele la cabeza. ¿No sabe que es un delito golpear a un policía? Bueno, es un delito golpear a quién sea. También lo es robar coches. Por suerte el mío está intacto. El «Lincoln» estaba asegurado.

—¿Me acepta una copa, inspector?

—Bueno.

El policía uniformado fue al mostrador, regresando con dos copas y otro frasco. Dixon llenó las copas. El inspector Rocco alzando la suya, dijo:

—Salud.

Bebieron complacidos. El vinillo era fresco y sabroso. Preguntó Rocco:

—¿Qué clase de hombre era su amigo Luigi?

—Un buen hombre.

—Y usted lo apreciaba. Consuélese pensando que hubiera pasado largos años en la cárcel por asesinar a Marion Leonard.

—Lo oí vagamente comentar —replicó Dixon cansinamente.

—Fue algo desagradable. La redujo a papilla, a golpes. Debíó perder el juicio y volverse loco. No intentó esconderse. La gente le vio ir y venir, y los vecinos oyeron los gritos que daba ella, y también los insultos que Luigi profería. Es curioso... ¿por qué será que nadie interviene cuando un hombre lo da una paliza a una mujer? —y sorbiendo otro trago añadió Rocco—: La mujer era bonita... antes de morir.

—Hubiese tenido que encarcelarla por el asesinato de Gardoni.

—Lo peor ha sido oír a Branzo Rikerski. Un cerdo. Agonizando no tenía otra idea sino llevarse en el viaje a su prometida Marion. Nos dijo que ella había matado a Gardoni. Y nos señaló el magnetófono. ¿Sabe que el magnetófono funcionó mientras hablaban y ocurría la matanza?

—Lo celebro.

—Rikerski no sabía que su prometida había muerto. Ya lo supo. Segundos antes de morir. Hace una hora. Intentaron operarle, pero murió en la mesa. Y ha sido mejor así. O nos hubiésemos visto obligados a hacer una investigación que no queremos. Podía haber creado un incidente internacional con la gente al otro lado de la frontera.

El policía uniformado intervino en la conversación por primera vez:

—Ya tienen algo en que ocuparse. Corre el rumor de que ha estallado un complot a las seis de la madrugada en Zagreb. Mucho tiroteo. Pero no sabremos más, porque la censura esgrimirá las tijeras.

Inspeccionó ambas botellas y, viéndolas vacías, fue al mostrador a por otra. Dixon, inclinándose, empezó a desabrocharse un zapato.

El inspector Rocco le atajó:

—Me los devuelve en Venecia. Los necesitara para visitar a la damita... ¿Cómo se llama?... La dejé en Ribaldi. Es bonita y agradable.

—Y me gusta horrores —admitió Dixon.

—Procure mantenerla alejada de complicaciones.

—Eso deseo.

El inspector Rocco encendió un cigarrillo negro, y echando humo dijo:

—Para eso estoy aquí. Para prevenirle contra complicaciones. Hay muchos cilindros de magnetófono impresos en casa de Rikerski. En el último figura usted en papel muy importante. Cabe la posibilidad de que algún político ambicioso se entere de este asunto, y para conseguir votos intente una investigación. No lo queremos, ya que nos interesa mucho que los roces internacionales se esfumen.

—¿Y...?

Sonrió levemente Rocco.

—¿Tiene algo que le retenga por Italia? Tengo oído que cada día zarpan barcos.

—Eso he oído yo también.

—Pues le deseo un buen viaje. Antes de veinticuatro horas, ¿comprende?

—A eso voy —dijo Dixon poniéndose en pie.

—¿A dónde se dirige?

—Alguien me acompaña en el viaje.

Asintió Rocco, señalando el teléfono:

—Llámela. Estará intranquila.

—Gracias por todo, inspector.

—Lo esencial es que recuerde Italia con placer, señor tejano.

Al teléfono, marcando números, hurgó Dixon en su bolsillo. Crujían los billetes. Fruto de su última aventura.

Se puso al aparato la señora Ninchi.

—Aquí, Dixon. Voy enseguida, patrona. Dígle a Giana que voy enseguida. Que tenga todo preparado. Salimos hoy de Italia. Pasaremos primero por el consulado, para la licencia matrimonial.

Voy enseguida.

En la calle, miró Dixon al inspector Rocco:

—Creo que a Luigi le gustará una buena estatua, por ejemplo. No tendré tiempo de ocuparme de ello. ¿Quiere usted...?

—Diga, muchacho.

—Una estatua bonita. Una placa que diga: «Siempre amigos, Luigi, siempre. Taxy». ¿Puede hacerse?

—Puede. No, no... Tanto, no. Sobrará con mil dólares. Lo que sobre lo recibirá por giro con factura de la funeraria, muchacho. Oiga mándeme en vez de mis zapatos, unas botas tejanas, ¿quiere?

—*Okey*, inspector. Adiós.

Y anocheciendo, viendo difuminarse en el horizonte la ciudad de los canales, apretando el talle de Giana, murmuró Waldo Dixon:

—Solo una cosa quiero recordar de Venecia y contornos. Que fue donde te conocí. Y contigo a mi lado, ya puedo decir: «Ver Venecia... y resucitar».

La besó con afecto. Olvidarían pronto. Eran jóvenes y estaban dispuestos a luchar por la aventura más duradera: el hogar.

F I N



Por dos veces consecutivas había tropezado con el mismo cadáver, y esta última en su propio apartamento... ¿Quién trataba de culparle de aquel asesinato?

Mikky Roberts

les da la respuesta en una apasionante novela titulada

Un cadáver sin dueño

¡Bajo la deslumbrante y fastuosa vida de Hollywood se oculta una pavorosa intriga manejada por una mano criminal!

UN CADAVER SIN DUEÑO

¡La más apasionante novela policiaca!

COLECCION SERVICIO SECRETO

se la ofrecerá en su próximo número

¡No deje de leerla!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

526 — Rogers Kirby
...¡Y RESULTO UN
VALIENTE!

COL. "SERVICIO SECRETO"

390 — Peter Deby
DESTINO: LA FOSA

COLECCION "BUFALO"

223 — Joe Bennett
CAMINO DE VENGANZA

COLECCION "TEXAS"

91 — M. L. Estefanía
¿CUERDA O PLOMO?

COLECCION "CALIFORNIA"

70 — O. C. Tavin
HORAS DESESPERADAS

COLECCION "COLORADO"

15 — Silver Kane
SIETE ATAQUES

COLECCION "PIMPINELA"

585 — Luis Masota
EL HECHIZO DE LA
CUMBRE

COLEC. "MADREPERLA"

481 — Ana Marcela García
ESCRITO EN LA ARENA

COLECCION "ROSAURA"

425 — Mary Vidal
UNA CHICA FANTASTICA

COLECCION "AMAPOLA"

312 — G. Colomer
EL LATIGAZO

COLECCION "ALONDRA"

264 — María Adela Durango
TE ENGAÑARE

COLECCION "CAMELIA"

206 — María Morgan
VIDA PRESTADA

COLECCION "ORQUIDEA"

175 — Sergio Duval
ARABEL

COLECCION "CORAL"

54 — Corín Tellado
LA MAESTRA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER

El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

LA COLECCION HISTORIAS

*les ofrece uno de sus
más sugestivos relatos*

SISSI, Emperatriz de Austria



¡Si usted vió esta excepcional película, lea ahora la novela y verá desfilar por su mente aquellas maravillosas escenas!

SISSI, Emperatriz de Austria

¡Toda la fastuosidad y colorido de la corte Austriaca, comprendida en un magnífico libro!

Un volumen de 256 páginas y más de 250 ilustraciones en una perfecta compaginación

¡Pídalo en todos los quioscos y librerías!

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A

Proyecto, 2

BARCELONA



¡Usted precisa este libro!

¡TODO TECNICO EN RADIO LO PRECISA!

Y es un volumen imprescindible para el aficionado

LA RADIO EN 52 MONTAJES

¡Un utilísimo libro de consulta, que no debe faltar en su biblioteca!

Pertenece a la famosa

COLECCION TECNICA AL DIA

¡Una colección dedicada exclusivamente a la técnica, en la que encontrará los últimos avances en materia de radio y televisión!

¡Recuerde este título!

LA RADIO EN 52 MONTAJES

Aparece esta semana

¡PIDALO EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS!

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**¡¡DOS COLECCIONES QUE MERECEN
LOS MAYORES ELOGIOS!!**

COLECCION BISONTE EXTRA

les ofrecerá, en su edición especial para los lectores
españoles, una novela sensacional

GARRAS DE PLATA

un éxito sin precedentes del famoso autor

DONALD CURTIS

COLECCION BUFALO EXTRA

En su continuo afán de complacer a sus lectores les
presentará en su próximo número

AMAZONAS INDOMABLES

un relato henchido de violencia y sentimentalismo
a la vez, que escribe el popular

PETER DEBRY

¡Dos novelas que no deben faltar en su biblioteca!

¡Apresúrese a encargarlas a su proveedor!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Y lo que es más
sensacional...

**¡GRATIS
GRATIS
GRATIS!**

**¡Téngalo bien
presente!**

La próxima semana
será Ud obsequiado
con el primer ejem-
plar de

C A N C A N

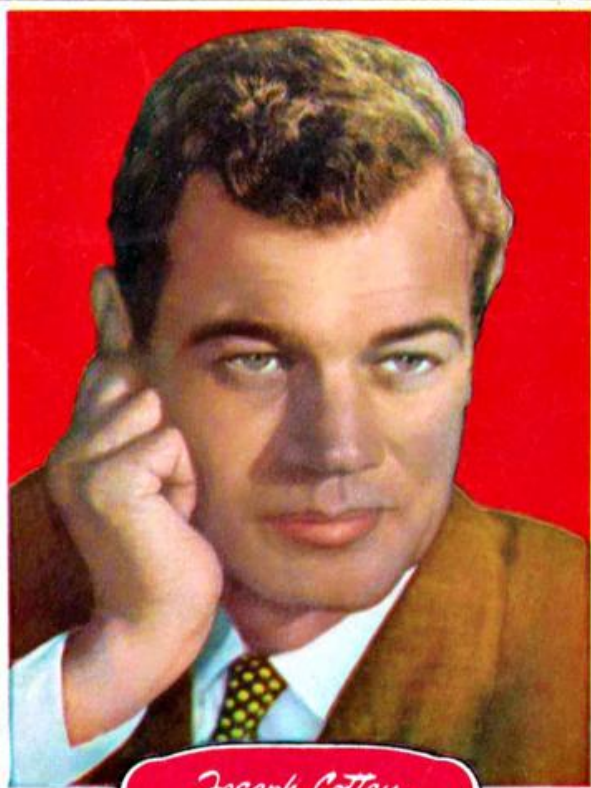
que se le entregará al adquirir su número habi-
tual de "EL D.D.T."

**¡Dos monumentales Revistas por
el precio pequeñín de una sola!**

¡Precio del tiempo de los Godos!

¡No lo olvide CAN-CAN, la revista de las burbujas!

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Joseph Cotten

N.º 615

Protagonista de la película CinemaScope de 20th CENTURY-FOX "The bottom of the bottle".

Foto 20th CENTURY-FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4

Notas

[←1]

Autocares flotantes.

[←2]

Cheques de viajeros.